

JOSE RAMOS MARTIN

LA MONTERIA y
CARTAS SON CARTAS



VICTORIA PINEDO



Archivo Guerrero

Biblioteca Central

2
PTS

EDITORIAL SASO

ha puesto a la venta la
segunda edición de

BIOGRAFIA DE PARIS

Por EDUARDO AUNOS

Edición limitada y numerada para la que no se han escatimado medios materiales. Un alarde nunca igualado por los editores españoles.

350 pesetas ejemplar.

EDITORIAL SASO

Av. José Antonio, 11, .º n.º 6

M A D R I D

TALLERES GRÁFICOS MARISAL.—P. ORIENTE, 1 Y 2.—MADRID

Biblioteca Teatral

Director: BENJAMIN BENTURA

Año IV

Núm. 78

LA MONTERIA

ZARZUELA

EN DOS ACTOS, DIVIDIDOS EN CUATRO
CUADROS EN PROSA Y VERSO, ORIGINAL

DE

JOSE RAMOS MARTIN

MUSICA DEL MAESTRO

JACINTO GUERRERO

Estrenada en el Teatro-Circo de Zaragoza.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARTA	<i>Matilde Rossy.</i>
ANA	<i>Victoria Pinedo.</i>
KETTY	<i>Goya Mir.</i>
LA MARQUESA	<i>María Lebrón.</i>
LA CONDESA	<i>María Villagrasa.</i>
LA VIZCONDESA	<i>María Franco.</i>
La BARONESA	<i>Teresa B. Moreno.</i>
ALDEANA 1. ^a	<i>Francisca Alvarez.</i>
ALDEANA 2. ^a	<i>Juana Reyes.</i>
EDMUNDO	<i>José Luis Lloret.</i>
PIPON	<i>Luis Ballester.</i>
EL DUQUE	<i>José Oller.</i>
HUGO	<i>Rafael Gallego.</i>
ENRIQUE	<i>José Fernández.</i>
EDUARDO	<i>José Soler.</i>
ALDEANO 1. ^o	<i>Enrique Castaños.</i>
ALDEANO 2. ^o	<i>Angel Cobos.</i>

Monteros y coro general de Aldeanos.

La acción en una aldea inglesa.—Epoca actual.
Por derecha e izquierda, entiéndanse siempre las del actor

Decorado en Madrid: Martínez Garí, Camilo Díaz y Castell.
Vestuario de la Casa Paquita y de Peris Hermanos.
Figurines de D'Hoy.

ELIGIO PALOMINO
ALVAREZ
GUARDIA CIVIL

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Paisaje montañoso en una aldea de Inglaterra. En la lateral izquierda, ocupándola en casi toda su extensión, fachada principal del castillo del Duque de Jetkinsson, antigua morada de señores feudales y actual finca de recreo de su ilustre dueño. Todo el muro es de piedra, cubierta en algunos sitios por plantas trepadoras, y, sobre su puerta y sus ventanas, desafía a los tiempos el escudo señorial. Ante la fachada, y adosado a ella, un banco. Al foro, practicable de montañas. En la lateral derecha, rompimientos de árboles. Es de día.

MUSICA

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. Oyese lejano el sonido de las trompas de caza, y, a poco, sale del castillo PIPON, joven montero, que responde, tocando la trompa, a los sones lejanos. Por la derecha sale ANA, seguida de las Aldeanas 1.^a y 2.^a, los Aldeanos 1.^o y 2.^o, y el CO-RO GENERAL DE ALDEANOS, y todos se acercan a Pipon cuando éste termina de tocar. Cesa la música.)

HABLANDO

ANA.—¿Vuelven ya los señores de la cacería?...

PIPON.—Ya vuelven. No tardarán mucho en llegar aquí.

ANA.—¿Y cuándo termina la montería?...

PIPON.—Hoy. Y en seguida regresarán a Londres el señor Duque y sus invitados.

ANA.—¡Lástima de palacio!... (Mirando al castillo.)
Cerrado está la mayor parte del año.

ALDEANA 1.ª.—Pipon y su hermana lo disfrutan.

PIPON.—¡Alto ahí!... Marta y yo somos sus guardianes; pero vivimos en las habitaciones que el señor Duque nos ha destinado. No creáis que en su ausencia dormimos en las alcobas de los Duques, ni comemos en su comedor, ni entramos para nada en los salones...

ANA.—¡Porque os da miedo!.. Todos sabemos que ese castillo estuvo antaño encantado...

PIPON.—(Protestando.) ¡Que me da miedo, que me da miedo!... (Transición.) Por las noches nada más; pero lo que es por el día... ¡Lo recorro de punta a punta..., en cuanto me acompañéis todos vosotros!...

ANA.—Oye, ¿y cómo es que te han vestido tan majo?...

PIPON.—(Dándose importancia.) Porque el señor Duque me ha hecho montero.

ANA.—¡Ah! ¿Sí?...

PIPON.—Sí. Ahora que no he ido más que un día a la montería, porque los invitados dijeron que al verme se espantaba la caza.

ANA.—¡Pues estás muy elegante!...

PIPON.—(Radiante de júbilo.) ¿Te gusto?...

ANA.—¡Estás como para ponerte en un rincón!...

PIPON.—¡Si tú vas a limpiarme el polvo cada ocho días me arrinconó!...

ANA.—(Con coquetería.) ¿De veras?...

PIPON.—(Enamoradísimo.) ¡Ay, tú no sabes lo que yo te quiero!...

ANA.—¡Ya hablaremos de eso!

PIPON.—¡Ya lo creo que hablaremos!... ¡Y pronto!... Ahora voy a convidaros en nombre del señor Duque. Me ha ordenado que obsequie con vino de su bodega a todos los aldeanos...

ALDEANO 1.º.—¡Hurra por el señor Duque!...

TODOS.—¡Hurra!...

ALDEANO 2.º.—¡Es muy simpático!...

PIPON.—¡Ah, y al marcharse os dará algún dinero!... Quiere que tengáis un grato recuerdo de su estancia en la aldea.

ANA.—¿Y presidirá nuestra fiesta de la Justicia?...

PIPON.—Es claro. Como todos los años. Bueno, voy a traeros el vino. (**Aproximándose a la puerta del castillo y llamando.**) ¡Marta, Marta!...

ALDEANA 2.^a.—No llames a tu hermana. No está en el castillo.

ANA.—Acabamos de verla en el camino de la fuente.

PIPON.—(**Contrariado.**) ¡Salió hace tiempo!... ¡Ya debía estar aquí!...

ANA.—Se habrá entretenido, hombre.

ALDEANA 2.^a.—¡Se ve que la quieres mucho!

PIPON.—Más que a mi vida. Nos quedamos huérfanos siendo aún muy pequeños.

ANA.—Como que érais dos niños...

PIPON.—No. Una niña y un niño. La niña era ella, y el niño yo.

ANA.—Claro.

PIPON.—Y desde entonces lo he sido todo para mi hermana. Fuí una madre para criarla, fuí un padre para velar por ella...

ALDEANA 1.^a.—(**Burlándose.**) ¡Y eres un tío para vigilarla!...

ANA.—Pues el día menos pensado se te casa, y tal vez olvide todo lo que te has sacrificado por ella. Y entonces...

PIPON.—¡Entonces habré sido un primo!...

ALDEANA 2.^a.—(**Mirando hacia la segunda derecha.**) Aquí viene ya, hombre.

PIPON.—¡Gracias a Dios!... Voy por el vino. (**Entra en el castillo.**)

MUSICA

ALDEANAS. (**Haciendo calle para que pase Marta.**)

Hermosa aldeana,
luz de la mañana,
bien vengas aquí...

ALDEANOS. ¡Salud, compañera,
de cara hechicera...
¡Ven cerca de mí!...

(**Por la segunda derecha sale MARTA. Es una hermosa aldeana. PIPON sale del castillo con va-**

rias jarras llenas de vino y las deja sobre el banco.)

MARTA. ¡Salud a todos los aldeanos,
salud a todas mis compañeras!...
ALDEANOS. ¡Bebe, que es día de regocijo!...
ALDEANAS. ¡Bebe, que el Duque paga la fiesta!...

MARTA. Al Duque le he visto allá,
y un osado cazador
de los que marchan con él
ha encendido mi rubor,
pues queriéndose burlar,
dice que por mi candor,
él, ¡pobre infeliz!
se muere de amor...

CORO. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!...
¡No sabe el pobrecillo
de quien se ha ido a burlar!...

PIPON. (Alargándole una jarra de vino.)

MARTA. ¡¡Toma y bebe!...
(Cogiéndola.)
Trae acá. (La coge.)
¡A Marta, la aldeana,
no es fácil engañar!...
(Bebe un sorbo y devuelve luego la jarra.)

Si loco de pasión
me dice un hombre que mi amor ansía,
no me hago la ilusión
de que no ha de olvidarme al otro día.
Es tonta la mujer

que ignora que en amor todo es falsía,
que en esto del querer
ya nadie, por fortuna, se confía.

(Imitando la amorosa súplica de un galán.)

Dueño mío,
mi albedrío,
por ti muero de ansiedad;
oye a quien loco suspira
por tu beldad...
¡Ah!...

(Durante esta exclamación hace una brusca transición para decir en tono enérgico.)

¡Mentira, todo mentira!...
¡No es verdad!...

CORO.

¡Mentira, todo mentira!...
¡No es verdad!...

MARTA.

No creo en el amor,
ni en sus dulces promesas yo confío;
el cariñoso ardor
suele morir a manos del hastío.
De amores me burlé,
y de sus juramentos yo me río,
y así no lloraré
el triste desengaño del desvío.

(Igual que la vez anterior.)

¡Vida mía,
mi alegría,
por ti muero de ansiedad,

oye a quien loco suspira
por tu beldad!...
¡Ah!...

(Lo mismo que antes,)

¡Mentira, todo mentira!...
¡No es verdad!...

CORO. ¡Mentira, todo mentira!...
¡No es verdad!...

HABLADO

ANA.—(Aparte a Marta y mientras los aldeanos beben.)

Claro que todo eso lo dices de labios afuera, sin sentirlo, porque el día en que un galán te hable al corazón y le escuches...

MARTA.—Es natural, mujer; pero digo todo esto para tranquilizar a mi hermano.

ANA.—Oye, ese cazador a quien te has referido, ¿no es sir Edmundo, el hijo del Duque?...

MARTA.—El mismo.

ANA.—Pues sin ir más lejos, anoche os vi...

MARTA.—(Asustada al ver que se acerca a ellas Pipon.) Calla, por Dios, que viene mi hermano...

ALDEANO 1.º.—(Al Coro.) Compañeros, salgamos al encuentro de los señores a ver las piezas que han cobrado en la montería...

TODOS.—Sí, vamos...

ALDEANO 2.º.—(A Pipon.) Da las gracias al señor Duque en nuestro nombre...

PIPON.—No hay de qué, hombre. Andad con Dios.

MARTA.—Adiós...

(Vanse el Coro y las Aldeanas 1.ª y 2.ª y los Aldeanos 1.º y 2.º por el foro y por la segunda derecha. Música en su mutis.)

ANA.—(Disponiéndose también a marcharse.) Yo también me marcho.

PIPON.—Espera, hermosa Ana. Es preciso que hable-

mos, que aclaremos la situación... (A una señal de Ana.) ¡Oh, no importa que esté Marta aquí!... Ya sabes que yo no tengo secretos para ella.

ANA.—¿Y qué es lo que hemos de aclarar?...

PIPON.—El otro día, a solas los dos, me dijiste que sí que me querías, y, sin embargo, ayer, delante de todos, lo negaste...

ANA.—Mira, Pipon, yo no niego que me seas simpático; pero de eso a quererte... Probaremos y...

PIPON.—(Desconsolado.) ¡Vaya por Dios!...

MARTA.—¡No te aflijas, hombre!...

PIPON.—¿No he de afligirme, si creí que me había dado el sí, y resulta que no ha hecho más que prestármelo?...

ANA.—Hay que hacer méritos...

PIPON.—¿Qué más méritos quieres que haga?... Te quiero una burrada, pienso en ti una barbaridad, y estoy dispuesto a hacer por ti la bestialidad que se te ocurra...

ANA.—¿De veras?...

PIPON.—¡Ya lo creo!... ¡Vete, vete pensando bestialidades y verás cómo yo las hago!... ¡Si esto no es cariño que venga Dios y lo vea!...

MARTA.—(Riendo.) ¡Pobre Pipon!...

PIPON.—(A Ana.) ¿Es que no te gusto?.....

ANA.—No es eso.

PIPON.—¡Ya decía yo que no era por eso!... ¡Porque feo no lo soy!...

ANA.—¿Quién te lo ha dicho?...

PIPON.—Mi abuela. Y el espejo. ¡Me miro y se le cae el azogue!...

ANA.—Jesús!...

PIPON.—Será tal vez que quieras a otro... (Con desesperación.) ¡A otro!... ¡Tal vez a ese viudo que te hace el amor!... ¡Pues compara!... El es viudo, y yo soltero... ¡Soltero de nacimiento!...

MARTA.—No insistas, hombre. Acaso Ana no piense en casarse nunca.

ANA.—No, eso no. Y repito que no me disgusta Pipon...

PIPON.—(A Marta, con gran entusiasmo.) ¿Oyes?... ¡Que no la disgusta!...

ANA.—Mi ilusión es casarme y vivir con mi maridito en una casita en lo alto del monte...

PIPON.—En lo más alto la tendrás... (Señalando.) Allí... Mira, según se va por aquella nube, a mano izquierda.

ANA.—¡Muy cerquita del cielo!...

PIPON.—¡Desde allí oiremos estornudar a los angelitos, no te apures!...

ANA.—Y tendré gallinitas, y un burrito, y un cerdito...

PIPON.—(En el colmo del entusiasmo.) ¡Y me tendrás a mí!...

ANA.—Y palomitas, y patitos...

PIPON.—Yo te compraré todos los que desees... ¡Casándote conmigo, no te faltarán animales!... Acepta mi amor, Anita... Como el Duque me aprecia, te hará un buen regalo... Tal vez el traje de desposada... Y quién sabe si el equipo completo... Sí, seguramente todo el equipo... ¡Y bueno!... ¡De lo mejor!... Camisas de terciopelo, pantalones de raso, enaguas de cretona, corsés de algodón en rama... Y luego...

ANA.—(Riendo.) No corras tanto, qué te vas a caer...

MARTA.—¡A caerte con todo el equipo!...

PIPON.—Lo primero que tendremos será una niña...

MARTA.—¡Eso ya es ir al galope!...

PIPON.—Una nena rubia, muy rubia... Y la pondremos tu nombre: Anita... Y si es niño, también... (Rectificando.) ¡Digo, no, si es niño, no puede ser!...

ANA.—(Sonriendo complacida.) ¡Qué loco estás!...

PIPON.—(Cogiéndola las manos y contemplándola entusiasmado.) ¡Loco por tu cariño!... ¡Te adoro, Ana, te adoro!...

(En este momento aparece EDMUNDO por el practicable del foro. Es un apuesto cazador.)

EDMUNDO.—(Deteniéndose al verles.) ¡Bravo!...

(Edmundo baja y se acerca a ellos.)

MUSICA

EDMUNDO. ¡Bravo!... ¡Bien!... ¡Así me gusta!...

¡No os separéis, vive Dios!...

PIPON. (Disculpándose.)

Sir Edmundo...

ANA. (Avergonzada.) ¡Caballero!...

EDMUNDO. Seguid hablando de amor.

ANA. Os engañáis...

EDMUNDO. No me engaño.

¿Verdad, amigo, que no?...

¡Si es vuestro amor imposible,
yo soy vuestro protector!...
MARTA. (Contemplando a Edmundo.)
¡Es él!...
EDMUNDO. (Mirando a Marta.)
¡Es ella!...
MARTA. ¡Oh, qué arrogante doncell!...
EDMUNDO. ¡Oh, qué divina doncella!...

(A Ana y a Pipon.)

Venid a mi lado,
venid sin temor,
que soy, desde ahora,
vuestro protector...

ANA. }
PIPON. } (Acercándose respetuosamente a él)

¡Nuestro protector!...

MARTA. Es su protector...

EDMUNDO. (A Ana y a Pipon.)

Si en el pecho sentís
un dulce fuego encantador,
si tan solo vivís
guiados por su mágico fulgor,
es por amor
por quien sufrís...

¡Oh qué dulce tormento el que sentís!...

¡No le hay mejor!...

MARTA. Amor...
TODOS. Amor...
Amor...

EDMUNDO. (Abrazando a Ana y a Pipon, canta lo que sigue, dedicando toda su canción a Marta, que permanece un poco alejada de ellos.)

En las alas de un suspiro
vuela mi loco deseo,
que al aire lanzo mis quejas
si no la veo.
En las sombras de mi vida,

me guían los ojos de ella,
que, en la noche de mis duelos,
ella es mi estrella.

MARTA. (Aproximándose al grupo.)

Bien se ve, señor,
que sufrís de amor...

EDMUNDO. (Separándose de Ana y de Pipon y acercándose a Marta.)

Ya he logrado, bella niña,
la dulce gloria que anhele,
que el fulgor de tus miradas
es mi cielo.

TODOS. Si en el pecho sentís...
etc.

HABLADO

ANA.—Repito que os engañáis, señor...

EDMUNDO.—¿Cómo es eso?... (A Pipon.) ¿No sois novios?

PIPON.—(Con timidez.) Sí...

ANA.—(Con firmeza.) ¡No!...

PIPON.—¡Regular de novios!...

EDMUNDO.—¡Ah, vamos, ya comprendo!... Estáis en camino de serlo. Ha comenzado hace poco el discreteo amoroso. (A Pipon.) ¿Eh, picarón?... ¡Pues, duro, duro!... No te desanimes, que la moza bien merece que estreches el asedio de la plaza...

PIPON.—¡Vaya si estrecharía yo!... ¡Si por mí fuera!...

ANA.—(Disponiéndose a hacer mutis.) Quedaos con Dios, señor.

EDMUNDO.—Adiós, hermosa niña...

MARTA.—Adiós, Ana...

PIPON.—Adiós, Anita... (Ana comienza a subir por el practicable del foro.)

EDMUNDO.—¿Sólo adiós, Anita?... ¡Qué amante más sosol... (A Anita, que se detiene.) Espera... (A Pipon.) Despidete de ella con alguna frase de amor...

PIPON.—Tenéis razón; pero yo por el respeto que os tengo, no me atrevía...

EDMUNDO.—Dile algo que no sea lo que oírás en boca de los aldeanos todos los días... Algo original...

PIPON.—(Asaltado de pronto por una idea feliz.) ¡Ya está, ya está!... (A Ana.) ¡Adiós, pesadilla de mis sueños!...

ANA.—¡Ja, ja, ja!... (Hace mutis riendo.)

PIPON.—(Con desconsuelo.) ¡Pues no la ha conmovido!

EDMUNDO.—Es extraño, porque no ha debido nunca oírse llamar pesadilla...

PIPON.—¡Qué va a oír!...

EDMUNDO.—Ve tras ella... Insiste una y mil veces...

PIPON.—(Indeciso.) Sí, yo iría; pero el señor Duque no tardará en llegar y...

EDMUNDO.—Yo te disculparé si mi padre pregunta por ti... Anda.

PIPON.—Es que...

EDMUNDO.—(Insistiendo.) Anda, anda...

PIPON.—Pues con vuestra venia voy corriendo... ¡Ah, y muchas gracias!... (Vase por el practicable.)

EDMUNDO.—(Sonriendo.) Anda con Dios... (Dirigiéndose a Marta, que se dispone a entrar en el castillo.) No te vayas, espera...

MARTA.—(Deteniéndose.) Señor: bien está en que insista mi hermano para conseguir el amor de Ana. Pueden casarse. Los dos son aldeanos. Vos no debéis insistir en vuestras pretensiones. Estamos muy lejos el uno del otro. Sois noble, hijo del señor Duque; yo soy una humilde aldeana...

EDMUNDO.—¿Y eso qué importa?... ¿Quién podrá poner frenos al amor?

MARTA.—Repito que es imposible...

EDMUNDO.—Nada hay imposible cuando media un cariño grande... (La coge una mano.)

MARTA.—(Sin retirarla.) Soltadme... Si alguien viniera...

(Por el practicable del foro salen la CONDESA, la MARQUESA, la VIZCONDESA y la BARONESA, cuatro hermosas jóvenes, invitadas a la gran montería. Se detienen contemplando a Edmundo y a Marta, sin que éstos se den cuenta de su presencia.)

EDMUNDO.—Si alguien viniera podría contemplar a sir

Edmundo rendido ante los encantos de la más bella aldeana de Inglaterra...

MARTA.—Soltad...

EDMUNDO.—De la que si es humilde por su nacimiento, es reina por su hermosura...

(En este momento las cuatro damas hacen acto de presencia, lanzando sonoras carcajadas. Al oirlas, se separan rápidamente Edmundo y Marta.)

MARTA.—¡Ah!... (Vase apresuradamente por la primera derecha. Del practicable bajan las cuatro jóvenes y se acercan, burlonas, a Edmundo.)

CONDESA.—¡Huyó la paloma!...

MARQUESA.—Hemos venido a interrumpir vuestro idilio.

EDMUNDO.—(Reponiéndose.) ¡No seáis mal pensadas!... Me limitaba a dirigirla unos galanteos...

VIZCONDESA.—(Incrédula.) Sí, sí... ¡Ahora nos explicamos el por qué de tu alejamiento!...

MARQUESA. — ¡Enamorando pastoras!... ¡Qué bucólico!...

BARONESA.—Pues ten cuidado no se entere tu prima Kitty, y entonces ¡adiós boda!...

MARQUESA.—¡Y adiós millones!...

EDMUNDO.—¡Basta ya de burlas!... Os digo y repito que os equivocáis... Así, pues, cese ya la murmuración. ¡Os lo suplico!...

MUSICA

EDMUNDO. La murmuración
 es el pecado más corriente en la mujer.
ELLAS. No tienes razón,
 y así a ninguna nos habrás de convencer.
 No vale insistir,
 puesto que nada nos habrás de demostrar.
EDMUNDO. Yo no sé mentir,
 y lo que digo, si queréis, puedo jurar.

¡Oh, Baronesa gentil,
oh, Vizcondesa ideal,

bella Marquesa,
linda Condesa,
os juro a todas que os engañáis!...

Mi corazón
sólo habré de entregar
a una mujer
que sea de mi igual.
Flor de salón
mi amante habrá de ser,
con frenesí
mi fe la juraré.

Ven aquí,
mírame,
no te alejes de mí,
quíereme...
Ven a calmar el ardor
del que sufre por tu amor...

ELLAS.

Ven aquí,
mírame,
etc.

EDMUNDO.

Niña gentil,
encanto de mi amor,
ven a bailar,
que ya comienza el fox.
Seré feliz
mientras bailando esté;
juntos los dos,
tu cuerpo estrecharé.

ELLAS.

Ven aquí,
mírame,
etc.
Ven aquí,
mírame,
etc.

HABLADO

MARQUESA.—No nos convences. Todas sabemos que eres muy enamorado. A tantas ves, a tantas quieres.

VIZCONDESA.—¡Compadezco a tu prima Ketty!... ¡Pobrecilla!...

EDMUNDO.—¡Bah, bah, dejaos de tonterías!...

BARONESA.—¿Vas a negar que te gustan todas las mujeres, sin distinción de clases sociales?...

EDMUNDO.—Como me gustan todas las flores, y, sin embargo, no se me ocurriría ponerme en el ojal una amapola, sino un clavel, una rosa...

MARQUESA.—¡Ya estás tú bueno!...

EDMUNDO.—(Viendo aparecer por el foro a los personajes que se mencionan a continuación.) ¡Silencio, que aquí llega Ketty!...

(Salen por el foro el DUQUE DE JETKINSSON, que representa unos cincuenta y tantos años; KETTY, hermosa joven de unos veinte, y HUGO, EDUARDO y ENRIQUE, invitados a la montería.)

DUQUE.—(Señalando desde lo alto del practicable a Edmundo.) Mírale, mujer... (A Ketty.) Ahí le tienes... (Bajan todos.)

EDMUNDO.—(Acercándose a Ketty.) ¿Preguntabas por mí?

KETTY.—Sí...

DUQUE.—(Con severidad.) Era natural que preguntase... Sin razón ni motivo te has adelantado dos kilómetros...

HUGO.—Iría persiguiendo alguna pieza. (A Edmundo.) ¿Eh?

MARQUESA.—(Con intención.) Sí. ¡Iba de cacería!...

EDMUNDO.—(A **Ketty.**) Perdóname, no pude refrenar mi caballo.

CONDESA.—(A **Ketty.**) No tengas celos. Cuando hemos llegado nosotras, el pobrecillo estaba aburridísimo. (A **Edmundo.**) ¿No es cierto?...

EDMUNDO.—¡Efectivamente!...

MARQUESA.—¡Se entretenía deshojando una amapola!...

HUGO.—¡Vaya una distracción!...

DUQUE.—(Malhumorado.) ¡Siempre has de ser el mismo!...

KETTY.—No le riñas, tío. (A **Edmundo.**) ¡No es tuya la culpa!...

EDMUNDO.—¿Verdad que no?...

KETTY.—(Con **amargura.**) En todo caso sería mía, que no tengo atractivos bastantes para retenerte a mi lado...

EDMUNDO.—Eso sí que no es cierto. ¡Eres encantadora!...

MARQUESA.—(Con **mucha intención.**) Y, sobre todo, Edmundo, ¡baila el fox admirablemente!...

KETTY.—(Sonriendo, sin comprenderla.) ¡Qué tendrá que ver una cosa con otra!...

MARQUESA.—¡Quién sabe!... (A **Edmundo.**) ¿Verdad, Edmundo?... ¡Quién sabe!...

HUGO.—(Al **Duque.**) ¡Encantado estoy de la montería, Duque!

ENRIQUE.—¡La jornada ha sido buena!...

EDUARDO.—Nadie como el duque de Jetkinsson para organizar esta clase de fiestas...

DUQUE.—Gracias...

MARQUESA.—¡Pues ya veréis la que organiza para solemnizar la boda de Ketty con Edmundo!...

DUQUE.—Es natural que así lo haga, porque ese enlace es mi sueño dorado...

MARQUESA.—(Bajo, a la **Vizcondesa.**) ¡Y la pesadilla de Edmundo!...

VIZCONDESA.—(Imponiéndola **silencio.**) ¡Calla!...

DUQUE.—Casar a mi único hijo con la sobrina a quien más quiero...

HUGO.—Como si fuera una hija.

DUQUE.—Lo mismo. Huérfana se quedó desde muy niña, y desde entonces está a mi lado.

KETTY.—(Abrazando al Duque.) ¡Y yo correspondo a ese cariño con toda mi alma!...

DUQUE.—¡Angel mío!... (La besa en la frente.)

MARQUESA.—(A Edmundo.) ¡Qué tierna escena de familia!... Supongo que estarás conmovido, Edmundo...

DUQUE.—¡Ea, basta ya de mimos!... Haz los honores a nuestros invitados...

KETTY.—¿Vamos, señores?...

MARQUESA.—Donde quieras...

HUGO.—Andando...

VIZCONDESA.—¡Vamos allá!... (Se encaminan todos, menos el Duque, hacia la puerta del castillo.)

DUQUE.—(Bajo, a Edmundo.) Tú, quédate...

EDMUNDO.—¿Cómo?...

DUQUE.—Que te quedes aquí.

HUGO.—¿Vamos, Duque?...

DUQUE.—En seguida soy con ustedes.

MARQUESA.—(A la Baronesa, viendo juntos al Duque y a Edmundo.) ¡Me parece que se avecina otra escena de familia!...

(Entran en el castillo Ketty, la Baronesa, la Vizcondesa, la Marquesa, Hugo, Enrique y Eduardo. Quedan, pues, solos en escena el Duque y Edmundo.)

EDMUNDO.—(Aparte y con resignación.) ¡Sermón tenemos!... (Alto.) ¡Ya estamos solos!... ¿Ocurre algo?...

DUQUE.—¿Te parece bonito lo que acabas de hacer?... ¡Desairar delante de todos nuestros invitados a tu prometida!...

EDMUNDO.—Pero si yo...

DUQUE.—Estoy muy disgustado contigo, Edmundo. Te

perdoné tus pasadas locuras, creyendo sinceramente en tu arrepentimiento...

EDMUNDO.—¡Padre!...

DUQUE.—Llenaste de júbilo mi alma cuando me dijiste que querías casarte con tu prima, y hoy veo que estás pesaroso tal vez de haberle jurado tu amor... Un amor que no existía...

EDMUNDO.—(Sin ningún entusiasmo.) Te engañas. La quería... ¡La quiero!...

DUQUE.—Acostumbrado, sin duda, a los amoríos volanderos de los cabarets, ha tenido el de Ketty para ti la misma duración que aquéllos.

EDMUNDO.—Repito que no.

DUQUE.—¡Ojalá me equivoque!... Y tú has de demostrarme mi error. Pero, óyelo bien, si son ciertos mis temores; si te obstinas en desoír mis consejos y pones tu cariño, como sospecho, en mujer que no sea digna de ti por su humilde cuna, piensa que para ti ha muerto tu padre.

EDMUNDO.—Insisto en que no tienes motivo alguno para pensar tal cosa.

DUQUE.—Me han asegurado que aún continúan tus amoríos con aquella mujer...

EDMUNDO.—(Con firmeza.) No. Ya te dije que aquello terminó para siempre.

DUQUE.—¿De veras?...

EDMUNDO.—¡Lo juro!...

DUQUE.—(Con júbilo.) ¡No sabes la alegría que me dan tus palabras!... Porque jamás, jamás consentiría tu boda con mujer que no fuera noble, como tú lo eres. La sangre de los Jetkinsson no puede mezclarse con la de los villanos. El enlace con tu prima te hará dichoso. Es de tu linaje... Es linda... Es buena...

EDMUNDO.—Nunca lo he dudado.

DUQUE.—Entonces no hablemos más.

(Por el foro sale PIPON.)

PIPON.—Señor Duque...

DUQUE.—¿Qué hay?...

PIPON.—Están cumplidas vuestras órdenes. La carne de las reses cobradas se repartirá esta noche entre los aldeanos. Así se lo he dicho a todos los vecinos del pue-

blo, a quienes, como comprenderéis, se les ha hecho la boca agua con la noticia.

DUQUE.—Bien, bien... Advierte a todos que pasado mañana por la tarde parto de aquí...

PIPON.—Entonces, si dáis vuestra venia, ese día, por la mañana, puede celebrarse la fiesta de la justicia del amor. ¡Como mañana es la fiesta de la aldea!...

DUQUE.—Sí, sí...

EDMUNDO.—(Con extrañeza.) ¿La justicia del amor?...

DUQUE.—Es una costumbre tradicional en esta aldea. Una vez al año, durante la fiesta, todos cuantos amantes tienen algún agravio que vengar, acuden a decir sus quejas a una moza elegida por juez supremo entre todos los vecinos, y ella dice, con arreglo a los dictados de su conciencia, la sentencia que debe darse. Sentencia que acatan todos...

EDMUNDO.—¡Es curioso!...

DUQUE.—Su fallo es inapelable... Ahora que, para evitar extralimitaciones en ese poder judicial, yo asesoro a la «jueza» desde hace algunos años...

PIPON.—¡Así está mejor!... Que antes, ¡cada barbaridad sentenciaban!...

EDMUNDO.—¿Y quién es este año la elegida?...

PIPON.—Aún no lo sé. Nombrándola estarán ahora los vecinos en la plaza de la aldea. Ante ella acudirán pasado mañana todos los amantes a renovar sus juramentos de amor, a los que luego no podrán faltar de ninguna manera...

DUQUE.—¡Ya verás!... Es muy original...

(Del castillo salen HUGO, EDUARDO y ENRIQUE.)

HUGO.—¿Qué es eso, Duque?... ¿Preparando alguna otra fiesta?... ¡Sois infatigable!...

DUQUE.—No. Esta no la organizo yo. Corre a cargo de los aldeanos. Se trata de un festejo popular, que ha de agradaros... Edmundo os lo explicará... En seguida soy con ustedes. Ven, Pípon...

PIPON.—A las órdenes del señor Duque.

(Entran el Duque y Pípon en el castillo.)

ENRIQUE.—¿Qué hay, amigo Edmundo?... Parece que te encuentro triste...

HUGO.—¿Ha habido regaño paternal por tu escapatoria de antes?...

EDMUNDO.—¡Bah! No ha tenido importancia...

EDUARDO.—(Con intención.) Y qué, ¿se ha cazado mucho?...

EDMUNDO.—(Sin querer comprender.) ¿No lo visteis?...

EDUARDO.—Nos referimos a otra clase de caza... A la que ibas persiguiendo cuando te adelantaste a todos nosotros.

EDMUNDO.—(Sonriendo, halagado en su vanidad.) ¡Estáis locos!...

EDUARDO.—Con nosotros no te vale el disímulo...

HUGO.—Además, que conocemos a la moza y nos lo explicamos todo.

EDMUNDO.—Es guapa, ¿verdad?...

ENRIQUE.—¡Divina!...

HUGO.—Por ella puede soportarse un regaño del Duque...

EDMUNDO.—Y arrostrar todos los peligros para conquistarla.

EDUARDO.—¿Y tú confías?...

EDMUNDO.—¿En vencer su resistencia?... Seguramente. No se trata de una mujer peligrosa. Es una romántica inocente. Adornando la aventura con algo de fantasía, caerá en mis brazos...

HUGO.—En las batallas del amor eres un veterano...

EDMUNDO.—El único peligro de esta vulgar aventura es que llegue a oídos de mi prima...

HUGO.—Yo creo que casi debías de alegrarte de que se enterase, porque me parece que no estás muy enamorado de Ketty...

EDMUNDO.—(Protestando débilmente.) Hombre, yo...

ENRIQUE.—Háblanos con toda sinceridad...

EDMUNDO.—¡Ea, pues tenéis razón!... No siento por ella amor ninguno.

HUGO.—¿Y aun así estás dispuesto a casarte?...

EDMUNDO.—¿Y qué he de hacer si mi padre me obliga a ello, y me amenaza con desheredarme si renuncio a esa boda?...

(Sale PIPON del castillo.)

PIPON.—(Al ver juntos a los cuatro cazadores, dice para sí.) ¡Juntos los cuatro!... ¡Admirablemente!... ¡Como yo quería encontrármelos!... ¡Audacia, Pipon!... (Acercándose a ellos.) Señores...

EDMUNDO.—Hola, Pipon. ¿Qué ocurre?...

PIPON.—Señores... Disculpad mi atrevimiento... Quiero hablaros antes de que salga el señor Duque... Es una cosa reservadísima... ¡Reservadísima!...

EDMUNDO.—Ya te escuchamos...

ENRIQUE.—Habla...

PIPON.—(Sin saber cómo empezar.) Sí, señores... Yo... El caso es... Veréis...

EDMUNDO.—(Después de una pequeña pausa.) Si vas a llevar a ese paso la conversación, saldrá mi padre antes de que nos hayas dicho ni una palabra...

PIPON.—Tenéis razón, voy al asunto... y no toméis a mal lo que os voy a decir...

EDMUNDO.—(Impaciente.) Acaba ya.

PIPON.—(Asombrado.) ¿Que acabe?... ¡Pero si no he podido empezar todavía!...

EDMUNDO.—Pues empieza...

PIPON.—Señores: yo tengo una hermana...

EDMUNDO.—Nos parece muy bien...

PIPON.—(Con humildad.) Aunque os pareciera mal, no tendría ya más remedio que tenerla, señor...

HUGO.—¡Claro, hombre!...

PIPON.—En esa hermana tengo yo puestos todos mis amores... Es mi ilusión y es mi orgullo... Mi ilusión, porque la quiero con toda mi alma, y mi orgullo, porque todos dicen que es muy guapa... ¡y yo encuentro que se parece mucho a mí!... El lunar de su barbilla, es éste... (Señalando.) ¡Y la gracia para levantarse la falda, es ésta!... (Se recoge cómicamente su levita.)

EDMUNDO.—(Deseando que termine.) Bueno...

PIPON.—(Comprendiéndolo.) ¡Ya termino, señor!... Me he enterado de que uno de ustedes, no sé quién, pero uno de ustedes, sin duda para burlarse de ella, la dirige, siempre que la ve, mil galanteos... ¡En una palabra: que la requiere de amores!

EDMUNDO.—(Haciéndose de nuevas.) ¡Hola!...

PIPON.—(Contestando a la interjección de Edmundo, como si hubiese sido un saludo.) Muy buenas, señor...

HUGO.—Sigue, sigue...

PIPON.—(Esforzándose por poner un acento de humil-

dad en sus palabras.) Yo bien sé que todo será cosa de chanza, una broma de... de buen gusto, puesto que es de señores; pero yo le suplico al que sea, que cese ya de burla... Marta no es merecedora de que nadie se ría de ella... Marta es buena...

EDMUNDO.—¿Y si no fuera broma?...

PIPON.—(Con entereza.) Entonces ya no rogaría yo; exigiría que cesara el asedio... ¡Porque Marta es honrada!...

EDMUNDO.—(Retador.) ¿Y si no lo conseguías, a pesar de tus amenazas?...

PIPON.—(Volviendo al tono humilde, bien a pesar suyo.) Amenazas, no, señor...

EDMUNDO.—(Burlándose.) ¡Creí que entonces le matarías!...

PIPON.—(Con dignidad y como si fuera a contestarle cumplidamente.) ¡Matarle!... (Inmediatamente se repone y torna a la humildad.) No, nunca... ¡Ni intentarlo siquiera!... (Con amargura.) ¡Siempre lleva las de perder el villano que levanta la mano contra el señor!... Apelaría a otros medios para vengarme y satisfacer mi honra... Si a fuerza de astucia me la quitasen, a fuerza de astucia lograría que me la devolvieran...

EDMUNDO.—Bien, Pipon, vete tranquilo. Como tú supones, todo se reduce a una broma inocente que con tu hermana se ha permitido gastar... Sir Hugo. (Señalando a Hugo.)

HUGO.—(Sorprendido y resignado.) ¿Yo?... ¡Bueno!...

EDMUNDO.—Pero solemnemente te promete no volver a mirarla siquiera. ¿No es verdad, sir?...

HUGO.—¡Y si quiere, hasta se lo juro!...

PIPON.—En fin, señores, no quiero importunaros más... Mil gracias y perdonad mi libertad... Ha sido el atrevimiento de un hombre que vive feliz, y a quien en un momento el capricho de un señor puede hacer desgraciado para siempre...

EDMUNDO.—Anda con Dios...

PIPON.—(Con humildad.) Perdonad si he faltado, señor... Ya me retiro... Muchas gracias, muchísimas gracias. (Vase muy conmovido por la segunda derecha.)

HUGO.—Señores, ¡qué poco trabajo cuesta el dejar tranquilo a un pobre hombre!...

ENRIQUE.—(Con sorna.) ¡Vaya con sir Hugo!...

HUGO.—Bueno; pero esto no está bien, Edmudo. ¡Me has puesto en la boca del lobo!...

EDMUNDO.—(Señalando hacia la primera derecha.) Mirad hacia allí. Mis monteros vienen persiguiendo a la moza para que lea una carta de amor que por ellos la envío. ¡Empiezo la aventura!... ¡Venid por acá!... (Se encaminan todos hacia el castillo.) No conviene que me vea ahora...

HUGO.—¡Eres el demonio!...

EDMUNDO.—¡Hermosa aldeana, serás mía!... Venid, venid!...

ENRIQUE.—Vamos... (Entran los cuatro en el castillo.)

MUSICA

(Por la primera derecha sale MARTA, seguida de seis MONTEROS, segundas tiples.)

MONTEROS. Escucha, bella niña, por favor;
no desoigas mi ruego, ven aquí,
que soy un mensajero del amor,
para ti...

MARTA. ¿Para mí?...

MONTEROS. Para ti.

No pongas ese gesto de desdén;
no vuelvas ese rostro encantador;
fascinadora niña. escucha bien
del amor seductor el clamor.

MARTA. Osados mensajeros,
heraldos del amor;
las ardorosas frases
no quiero escuchar yo.
Que es el amor
niño traidor,
que a su sabor
y a su placer

al hombre le hace engañador
y vuelve loca a la mujer.
No hay que fiar

ni confiar
en lo que pueda dar de sí
un niño que aprendió a volar
y ciego vuela por ahí...

MONTEROS. Así a los cuatro vientos
debemos de proclamar
que a Marta, la aldeana,
no es fácil conquistar...

(Repiten, con sus trompas de caza, la melodía
de la canción que acaba de entonar Marta, evolucionando
graciosamente detrás de ella.)

TODOS. Niño travieso es el amor...
etc.

(Terminado el número, sale del castillo EDMUNDO,
el cual se dirige a los Monteros.)

EDMUNDO. No importunéis a la bella,
dejadme con ella aquí...
¡A ver sí, como a vosotros,
me responde a mí!...

(Hacen mutis los Monteros, repitiendo el motivo
que convenga. Al quedarse solos Marta y Edmundo,
él se dirige a ella.)

EDMUNDO. ¿Por qué con loco desvío
el cariño mío
desprecias así?...
¿No sabes, estrella mía,
que eres mi alegría,
que muero por ti?...
¿Que eres tú mi ilusión,
y te adora con ciega pasión
mi corazón!

MARTA. ¡Callad, señor caballero!...
Vuestro amor yo no lo quiero.
EDMUNDO. Escucha, por caridad,
que las dulces esperanzas
serán bella realidad.
MARTA. ¡temor
me inspira vuestro amor.
EDMUNDO. Cantor
por ti soy del amor.

Ya la ilusión con que soñé
será dulce realidad,
que en tus ojos quiero yo
ver la eterna felicidad.
El amor tuyo ha de ser
mi fantástico ideal.
Ven, que tu amor es mi ilusión
y con él quiero soñar,
por tu amor quiero vivir,
que tu amor vida me da.
En el fuego de tu amor
yo me quiero abrasar.

MARTA. Voy a ti,
mírame,
no me engañes así,
por tu amor quiero vivir,
Voy a calmar el ardor
del que muere por mi amor.

EDMUNDO.—(Radiante de júbilo.)

¡Al fin, sin recelos
habló el corazón,
y al cariño mío
responde tu amor!...

MARTA.—(Abandonándose en sus brazos.)

¡Mi amor!...

LOS DOS. Ya la ilusión con que soñé
será dulce realidad,
etc.

(Abrazados hacen mutis por el practicable del foro, mientras la orquesta repite uno de los motivos del dúo. PIPON sale por la primera derecha y los ve. Vacila, va a ir hacia ellos, pero al fin cae en el banco llorando amargamente.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

PIPON.—¡Ah, miserable!... ¡Me ha engañado y me roba lo que yo más quiero en el mundo!... (Reaccionando.) ¡Pero no, los hombres no lloran!... ¡Los hombres se vengan!... (Va a hacer mutis, iracundo, por el practicable, pero se contiene.) ¡Pero no!... ¡Así tampoco!... ¡Piensa en que es el hijo de tu amo!... ¿Qué adelantarías contra él?... ¡No es así como puedes vengarte!... ¡No es así!... (Oyese rumor de gente que se acerca y se escuchan gritos de ¡Viva la reina de la Justicia!... ¡Viva nuestra reina!...) ¿Eh?... ¿Qué es eso?...

(Por la primera derecha sale el CORO GENERAL de ALDEANOS. Varios de ellos conducen en hombros a ANA.)

UNO.—¡Viva nuestra reina!...

TODOS.—¡Viva!...

ANA.—Pipón, ¿me han elegido reina de la Justicia!...

PIPON.—¿A ti?...

ANA.—Sí. Pero, ¿qué te pasa?... ¡Parece que te entristece la noticia!...

PIPON.—(Asaltado por una idea repentina.) ¡Todo lo contrario!... ¡Reina de la Justicia!... ¡Mi reina!... ¡Tú me vengarás!...

ALDEANA 1.^a.—¿Qué dices?...

ANA.—¿Qué estás diciendo?...

PIPON.—Que estoy muy contento... ¡Muy contento!...

(Arrojando al aire su sombrero.) ¡Hurra por nuestra reina!...

TODOS.—¡Hurra!... (Gran animación.)

MUSICA

TODOS. ¡Hurra por nuestra reina,
 reina de un día!...
 ¡La que en nuestros amores
 hará justicia!...

ANA. Yo todas las querellas
 sentenciaré...

PIPON. En ella mi venganza
 confiaré...

(Vitores, aclamaciones. Los aldeanos pasean triunfalmente a Ana. Algunos arrojan sus sombreros al aire; la mujeres, flores. Extraordinario júbilo en todos. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

Plaza de la aldea, engalanada, como en día de fiesta solemne, con guirnaldas de flores, gallardetes, banderas, etcétera. A la derecha, casa de un solo piso, donde hay establecida una cervecería. A su puerta, una mesa rodeada de algunas sillas. Al foro y a la izquierda, unas tiendecillas de madera, en las que algunos aldeanos venden dulces, estampas, flores, etc. Es de día.

(Al levantarse el telón, el CORO GENERAL de aldeanas y aldeanos se pasea por el escenario, en animadas parejas.)

MUSICA

CORO.

Alegre día,
día de fiesta;
hoy gozan todos
los de esta aldea,
Gozar yo espero
en la función,
porque conmigo
viene mi amor.

ELLOS.

En la feria de mi aldea

ELLAS.

vov a comprarte yo a ti
lo que pidas, vida mía,
para que pienses en mí.
A la feria de mi aldea
vengo siempre con mi amor;
vengo cuando el día asoma,
marcho cuando muere el sol.

TODOS.—(Mirando hacia la primera izquierda.)

Callad,
mirad
qué hermosas aldeanas
vienen acá.

(Por la primera izquierda sale ANA, seguida de SEIS ALDEANAS más. Todas ellas visten trajes típicos de aldeanas inglesas, con faldas de exagerado vuelo.)

TODAS.

Con el traje típico
de las aldeanas,
a la fiesta célebre
vengo ataviada.
Me puse con iúbilo
estas antiguallas,
que hace muchas décadas
estaban guardadas.

ANA.—(Al Coro.)

¿Estoy bien así?...

CORO.

¡Claro está que sí!...

ANA.

Pues entonces danzo y río,
porque mi atavío
te ha gustado a ti.

¡Hay que ver mi abuelita, la pobre,
qué cosas usaba!...
¡Hay que ver estos puños, señores,
que ver estas mangas!...
Contemplad este vuelo tan grande
que tiene la falda...
¡Santo Dios, y qué trajes más raros
entonces gastaban!...

¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver,
la ropa que hace un siglo
llevaba la mujer!...
Creo yo, creo yo, creo yo,
que de una de estas faldas
salen lo menos dos.
Hay que ver,
hay que, hay que ver...
etc.

CORO.

ANA.

Yo no sé como entonces las mozas
andaban con gracia.
Sólo dos que bailasen a un tiempo
la plaza llenaba.
Para hacer una falda como ésta,
¡ya echarían varas!...
¡La mujer que se hiciera dos trajes,
su casa arruinaba!...

¡Hay que ver, hay que ver, hay que ver,
etc.

HABLADO

ANA.—¿Y Pipon?... ¿No habéis visto a Pipon?...

ALDEANA 2.^a.—(Mirando hacia la primera izquierda.)
¡Mírale, mujer, ahí le tienes!...

(Por la primera izquierda sale PIPON con varias margaritas en la mano. Viene preocupadísimo, deshojando florecillas.)

PIPON.—(Arrancando hojas a una de las flores.) Sí... No... Sí... No... Sí... No... Sí... No... (Con la última frase deja la margarita sin pétalos.)

(En el transcurso de esta escena van haciendo mutis los Aldeanos y las Aldeanas, quedando sólo los vendedores tras sus tiendecillas.)

ANA.—¿Te contestan mal las margaritas?...

PIPON.—Ni por cumplir me han dicho una sola vez que sí.

ANA.—Deja en paz a esas florecillas. Dígame lo que te digan, si luego yo pienso otra cosa...

PIPON.—¿Y quién te ha dicho a ti que la pregunta que les hago se refiere a tu amor?...

ANA.—(Sorprendida.) ¿No?...

PIPON.—No.

ANA.—¡Y luego hablan de la constancia de los hombres!... Más constantes somos las mujeres. ¡Las pobres mujeres!...

PIPON.—Te engañas...

ANA.—¡Oh, conozco bien el corazón de los hombres! ¡Ya ves tú, en un año he tenido ocho novios!...

PIPON.—¡Veo que tienes razón!... ¡Que no os consoláis tan fácilmente las pobres mujeres!...

ANA.—¿Te ha vuelto a hablar de mí sir Edmundo?... ¿Sigue diciendo que protegerá nuestros amores?...

PIPON.—(Con amarga intención.) ¡Sir Edmundo!... ¡Cualquiera se fía de sir Edmundo!...

(Por la primera izquierda sale MARTA, vestida también con sus mejores galas.)

MARTA.—(Acercándose a ellos.) ¿Os estorbo?...

ANA.—Nada de eso, Marta.

MARTA.—(A Pipon.) ¿Dónde has andado metido, que no te he visto en toda la mañana?...

PIPON.—Tuve que ir al pueblo vecino a un recado.

MARTA.—¡Ah!...

PIPON.—Me mandó sir Edmundo, y no tuve más remedio que obedecerle, porque me dió la orden delante del señor Duque...

MARTA.—¡Ah! ¿Y si no está presente su padre, no vas?...

PIPON.—(Con firmeza.) No voy.

MARTA.—(Sorprendida.) ¿Serías capaz de desobedecerle?...

PIPON.—Y de decirle una cosa.

MARTA.—¿Qué?...

PIPON.—(Recobrando su calma.) ¡Ya hablaremos de eso, Marta, ya hablaremos de eso!...

MARTA.—(Sin saber qué decir.) No te entiendo.

ANA.—¡No le hagas caso!... ¡Está hoy más particular!...

MARTA.—(Tranquilizándose.) Tu cariño le tiene entontecido. Accede a sus pretensiones y verás qué pronto cambia.

ANA.—Pero si yo...

MARTA.—(Con animación.) Sigue mis consejos, Ana... Tienes que convencerte, querida compañera, los hombres no son tan falsos ni tan engañosos como supones tú...

PIPON.—¿Lo dices por experiencia?... (Mirándola fijamente.)

MARTA.—(Sin saber qué responder.) ¿Yo?... No...

PIPON.—(A Ana.) No le hagas caso, Ana...

ANA.—(Muy sorprendida.) ¿Cómo?...

PIPON.—¡Pobre de la moza que se fía de los juramentos de amor de un hombre!...

ANA.—(Asombrada.) Pero Pípon...

PIPON.—Nos cuesta poco trabajo fingir un cariño que estamos muy lejos de sentir. Con dulces palabras disfrazamos de amor lo que no es más que un deseo, la pasión de unas horas, que se desvanecerá en cuanto se satisfaga. ¡Para una ilusión lograda, cuántos desengaños!... ¡Para una unión eterna, cuántos inexplicables abandonos! Y el hombre, conseguido lo que se proponía, buscará

otras flores en otros prados, alegre, contento, feliz... Mientras su víctima queda llorando, deshonrada, triste, sola... ¡Que el castigo de los pecados de amor es acaso más grande, porque siendo dos los que los cometen, la penitencia la sufre uno solo!... ¡Pensad en lo que os he dicho!... (Dirigiéndose a Marta.) ¡No lo olvidéis tú, Marta!... (Dirigiéndose a Ana y suplicante.) ¡Y tú, olvídale, Ana, olvídale... y quíereme!... (Vase, muy emocionado, por la primera izquierda.)

ANA.—¿Sabes lo que veo, Marta?... Que si no está loco tu hermano, le falta muy poco. ¿A qué viene toda esa palabrería?... Yo no he entendido lo que ha querido decir...

MARTA.—(Pensativa.) Yo, sí.

ANA.—¿Cómo?...

MARTA.—(Con resolución.) Pero es inútil... ¡Inútil!...

ANA.—Marta...

MARTA.—¿Quién puede mandar en el corazón?... ¡Nadie! ¡Si se rebela contra su mismo dueño!...

ANA.—¿Qué dices?... ¿Acaso sir Edmundo?...

MARTA.—Insiste, insiste... ¡Y a mí me van faltando ya las fuerzas para resistir!... No es posible que, si no estuviera enamorado, me hablase como me habla, me hiciera tantos juramentos...

ANA.—¡Marta... vuelve en ti!... No sueñes.

MARTA.—(Reaccionando.) Tienes razón. ¡Es un sueño!

ANA.—Del que debes despertar. Ese hombre no te quiere...

MARTA.—Ana...

ANA.—No puede quererte... ¡No debe quererte!

MARTA.—Tienes razón... (Como si hablase consigo misma.) ¡Pobre aldeana!... Vuelve, vuelve los ojos hacia tu aldea. ¡No busques otros horizontes! (Llora.)

ANA.—Ven, ven conmigo...

MARTA.—(Dirigiéndose con Ana hacia la primera izquierda.) Háblale a mi hermano. Desvanece sus sospechas. Yo te prometo que seré fuerte para resistir, que no volveré a escuchar a sir Edmundo.

ANA. — Convenceré a Pipon de que está engañado.

¡Mas Dios quiera que no acierte el pobre en sus sospechas!...

MARTA.—No, no... Te lo juro. (Vanse las dos por la primera izquierda. Por la segunda derecha salen HUGO, EDUARDO y ENRIQUE.)

HUGO.—Aquí es. Este es el sitio donde debemos esperar a Edmundo.

ENRIQUE.—¿Estás seguro?...

HUGO.—(Dudando ya.) Creo que sí.

EDUARDO.—Preguntaremos por si acaso... (Dirigiéndose al Aldeano 1.º, que está en una de las tiendecillas.) Oye, buen amigo, ¿quieres decirme si es en esta plaza donde se celebra el baile de los colores?

ALDEANO 1.º.—Aquí es, señor. Dentro de poco comenzará. ¡Y que este año va a estar la danza como nunca! Todos los mozos de la aldea vendrán a disputarse el premio.

HUGO.—¿En qué consiste ese premio?...

ALDEANO 1.º.—Pues el mozo que acierte con la cinta verde, tiene derecho a dar un beso a la moza que más le guste...

HUGO.—Oye, oye, pues va a ser cosa de bailar nosotros también para optar al premio... (A Enrique.)

EDUARDO.—(Mirando hacia la segunda derecha.) Aquí está ya Edmundo...

(Por el indicado sitio sale EDMUNDO.)

EDMUNDO.—¡Salud, compañeros!... ¿Me he retrasado mucho?...

HUGO.—Acabamos de llegar nosotros.

EDMUNDO.—Me he entretenido ultimando los preparativos para esta noche...

EDUARDO.—¿Y los has arreglado a tu gusto?...

EDMUNDO.—Sin faltar un detalle.

HUGO.—¡Eres el demonio!...

EDMUNDO.—(Sonriendo.) ¡Habrà, habrà escenita poética! Ahora, venid conmigo...

HUGO.—¿Adónde?

EDMUNDO.—(Señalando la cervecería.) Aquí. Brindaremos por el triunfo de mi empresa. ¡Todo por el amor! ¡Mi lema!... Vamos...

EDUARDO.—Vamos...

EDMUNDO.—Andando. (Entran los cuatro en la cervecería.)

MUSICA

(Por la primera izquierda sale ANA corriendo seguida de PIPON. Ella lleva en la mano una rosa encarnada que él trata de quitarla.)

PIPON. No corras así,
 escucha, mi amor,
 dame para mí
 esa linda flor...

ANA. ¡No es para ti!

PIPON.—(Suplicante.)

Piensa en el dolor
que causas así
a tu adorador...
¿Te la robo?...

ANA.—(Con coquetería.) ¡Sí!

(Cuando él va a coger la rosa, ella da una carre-
rita, separándose de Pipon.)

ANA.—(Mostrando la rosa.)

Entre los rojos claveles de mis labios
hay una encendida rosa...

(Coloca la flor entre sus labios.)

PIPON.—(Coge las manos de Ana y baila, haciendo ademán de coger la flor con su boca.)

Para hacer las dulces mieles del cariño,
deja que pose mi boca...

ANA.—(Separándose y quitándose la flor de la boca.)

Es roja, como la sangre de mis venas,
roja como los amores...

(Vuelve a morder la flor y da vueltas alrededor de Pipon, graciosamente.)

PIPON. Es roja, como tus labios de corales,
roja como las pasiones.

ANA.—(Iguales juegos que en la estrofa anterior.)

En mi huerto vi esta rosa esta mañana,
y mis manos la arrancaron...

PIPON. En seguida va a agostarse, prenda mía,
con el fuego de tus labios.

ANA. ¡Ha de costarte trabajo, pobrecito,
si quieres coger la rosa!...

PIPON. Cuando al alcance la tengo, hermosa niña,
pienso que beso en tu boca.

(Al terminar el número logra, al fin, Pipon coger la flor.)

HABLADO

PIPON.—¡Ya es mía!... ¡Gracias a Dios que la cogí!...

ANA.—¿Y por qué ese empeño en que te la diera?...

PIPON.—Ahí verás tú...

ANA.—¿Pensas deshojarla también preguntándole tonterías?...

PIPON.—(Poniéndose serio.) No. Ya no, porque me he enterado de todo cuanto quería saber.

ANA.—¿Algo de cariño?...

PIPON.—De cariño es.

ANA.—¿Qué?...

PIPON.—Pero no se refiere al nuestro, sino a uno mío solo.

ANA.—¡Pipón!... ¿Quieres despertar mis celos?...

PIPON.—No puedes tenerlos en cuanto te diga que no es un amor como este nuestro de rico, rica, ¿me quieres?, ¡te quiero! ¡Ju, ju, juy, tus ojos!... ¿Me has entendido?...

ANA.—Francamente, no. Me estás hablando en fuga de vocales.

PIPON.—Pues ahí va la solución. Se refiere a mi hermana, que...

ANA.—(Rápidamente.) ¿A lo de sus amoríos con sir Edmundo? ¿A que a la pobre le han trastornado los juramentos de ese caballero?... ¿A que él insiste una y otra vez para lograr sus propósitos?... ¿A que todo el pueblo lo sabe ya, y ella misma me lo ha confesado hace un momento?... (Transición.) ¡Ah, pues te engañas!... ¡No hay nada de eso!...

PIPON.—(Sonriendo con amargura.) ¡Está bien, mujer, está bien!...

(De la cervecería salen EDMUNDO, HUGO, ENRIQUE y EDUARDO.)

EDMUNDO.—(A sus amigos.) ¡Venid aquí fuera!... Ahí dentro hace mucho calor... (Se sientan los cuatro alrededor de la mesa.)

ANA.—(A Pípon.) Anda, vamos a dar una vuelta por la feria.

PIPON.—Ahora iré. Espérame tú en el puentecillo...

ANA.—Pero...

PIPON.—En este momento no puedo acompañarte...

ANA.—¿Por qué?...

PIPON.—Porque tengo que darle un recado a sir Edmundo.

ANA.—(Recelando de qué se trata.) ¡Pipon!...

PIPON.—Repito que tengo precisión de hablarle. Déjame, vete...

ANA.—(Ofendida.) ¡Está bien!... No hace aún dos horas que somos novios, y ya me desobedeces. ¿Qué harás al llegar la noche... si no hemos reñido por la tarde?...

PIPON.—No te incomodes. En seguida corro en tu busca...

ANA.—Puedes hacer lo que gústes. ¡No te necesito!... (Vase por la primera izquierda.)

PIPON.—Escucha... (Va a ir tras ella, pero reflexiona y se detiene.) ¡No! Esto otro tiene más importancia...

EDMUNDO.—(Gritando.) ¡Patrón, trae más cerveza!...

PIPON.—(Acercándose a Edmundo.) Salud, señores...

EDMUNDO.—Hola...

PIPON.—Cumplí vuestro encargo, señor...

EDMUNDO.—Bien; puedes retirarte. A la noche acaso vuelva a necesitarte

PIPON.—(Comprendiendo.) ¿A la noche?...

EDMUNDO.—Sí... Seguramente... Anda, anda a buscar a tu moza, que te aguardará impaciente.

PIPON.—¿A quién?... ¿A Ana?...

EDMUNDO.—¡Claro!...

(De la cervecería sale el ALDEANO 2.º y coloca sobre la mesa una jarra llena de cerveza y algunos vasos. En seguida hace mutis.)

PIPON.—Señor, yo no quiero a Ana; hemos reñido ya.

EDMUNDO.—¡Eres muy inconstante!...

PIPON.—Tal vez. A quien adoro es a otra.

EDMUNDO.—¿Y te corresponde?...

PIPON.—No lo sé La he escrito esta carta (La muestra.) declarándole mi pasión. ¿Queréis que os la lea?

EDMUNDO.—Sí, hombre. (Bajo, a sus amigos.) Nos reiremos un rato.

PIPON.—(Leyendo.) Amor de mis amores. (Alto.) Qué listo soy, ¿verdad?

EDMUNDO.—(Impaciente ya.) Sigue...

PIPON.—(Lee.) No juzguéis como osadía el dirigirme a vos para expresaros mi cariño. Para el amor no hay obstáculos...

HUGO.—(Son sorna.) ¡Así se habla!...

PIPON.—(Lee.) Para tan gran señor no hay jerarquías... Puede muy bien un noble enamorarse de una aldeana...

EDMUNDO.—(Mirando a Pípon con recelo.) ¿Eh?...

PIPON.—(Continuando.) Y un pobre pastor de una gran señora...

EDMUNDO.—(Empezando ya a comprender.) ¿Para quién es esa carta?... ¡Responde!...

PIPON.—(Con gran tranquilidad.) ¡Para miss Ketty Jetkinsson!

(Edmundo se levanta rápidamente y le arrebató a Pípon el plieguecillo.)

EDUARDO.—¿Eh?...

ENRIQUE.—¿Cómo?...

HUGO.—¿Qué dices?...

EDMUNDO.—¿Pero te has vuelto loco?... ¿Estás borracho?

PIPON.—(Con entereza.) Nada de eso, sir Edmundo. La ley debe de ser igual para todos. Si los nobles descienden hasta las villanas, ¿por qué los villanos no hemos de poder subir hasta las señoras?... ¡Desistid, y desisto!

EDMUNDO.—(Rompe el plieguecillo de papel y arroja los pedazos a la cara de Pípon.) ¡Ahí va mi respuesta!...

(En este momento sale por la primera izquierda MARTA. Al verla, se dirige Pipon hacia ella.)

PIPON.—(Abrazando efusivamente a su hermana.) ¡Y ésta es la mía, sir Edmundo!...

(Por la primera izquierda sale ANA, seguida de algunas ALDEANAS.)

ANA.—Señores, señores, ya va a comenzar la fiesta.

ALDEANA 1.^a.—¡El baile va a empezar!...

ALDEANA 2.^a.—¡Aquí llega el señor Duque con sus invitados!...

ANA.—¡Hurra por el señor Duque!...

ALDEANAS.—¡Hurra!...

MUSICA

(Por la primera y segunda izquierdas salen KETTY, la MARQUESA, la VIZCONDESA, la BARONESA, la CONDESA, el DUQUE y el CORO GENERAL DE ALDEANOS. El Duque y las señoras que le acompañan toman asiento en butacas que saca el ALDEANO 2.^o de la cervecería. Edmundo y sus amigos permanecen a su lado. Pipon y Marta pasan a la izquierda.)

CORO. En el alegre baile
de los colores,
pongo, por tu cariño,
mis ilusiones.

ELLAS. ¡Anda, galán,
a ver si la cinta verde
puedes alcanzar!...

ELLOS. ¡A bailar voy;
ya verás, como la coja,
si te beso yo!

(De entre las mozas avanza una y comienza a bailar, mientras el Coro canta. La bailadora lleva en la diestra un cilindro dorado, del que salen multitud de argollitas. Cada una de éstas corresponde a una cinta que va arrollado dentro del tubo, con objeto de que no se vea su color. La que baila, de vez en cuando, pone ante cada aldeano el cilindro. Ellos tiran de las argollitas y quédanse con una cinta de diferente color, y, mientras ella baila, las agitan al aire. El último que tira de la argolla es Pipon, el cual saca la cinta verde al terminar el número.)

HOMBRES.

Niña graciosa
que estás bailando,
con tus desdenes
me estás matando...

MUJERES.

Cara de rosa,
lindo clavel,
mata a los hombres
con tu desdén.

HOMBRES.

Linda aldeana,
ramo de flores,
diera la vida
por tus amores.

MUJERES.

Por tu cariño
su vida da;
con tus encantos
le matarás.

TODOS.

Como alegre mariposa
que la luz buscando va,
hacia mí viene mi niña
cuando se pone a bailar.
Como marcha al mar el río,
mi cariño hacia ti va;
mis ojos buscan los tuyos
con el más rendido afán.

Baila, mi bien,

baila, mi amor,
baila, que cuando bailas
quitas las penas del corazón.

(En este momento Pipon tira de la cinta verde. Vítores y aclamaciones de todos los personajes. Cesa la música.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

PIPON.—¡La cinta verde!...

ANA.—¡Hurra por Pipon!...

TODOs.—¡Hurra!... ¡Hurra!...

DUQUE.—Pipon fué el afortunado. ¿A quién besa?...

PIPON.—Quiero besar a miss Ketty...

(Asonbro en todos los personajes. El Duque y sus invitados se levantan.)

EDMUNDO.—¡Miserable!... (Va a ir hacia Pipon, pero le contienen Hugo y Eduardo.)

DUQUE.—(A Pipon.) ¿Eh?... ¿Qué dices?...

KETTY.—(Indignada.) ¡Se ha vuelto loco sin duda!...

PIPON.—¡Loco?... ¡No!

DUQUE.—¿A qué se debe si no tal falta de respeto?...

PIPON.—¡Preguntádselo a vuestro hijo!...

DUQUE.—(Volviéndose hacia Edmundo.) ¿Cómo?...

KETTY.—(Sin comprender.) ¡Edmundo!...

BARONESA.—¡Qué osadía!...

MARTA.—¡Pipon!...

EDMUNDO.—(Tratando en vano de desasirse de los que le sujetan.) ¡Canalla!...

PIPON.—(Al Duque, con firmeza.) ¡Preguntádselo, preguntádselo!... (Fuerte en la orquesta. Telón rápido.)

CUADRO TERCERO

Jardín del castillo. Al foro se ve una gran columnata de piedra, medio derruida ya, y recubierta, en parte, de yedra. En primer término izquierda, casita con puerta y ventana practicables. A la derecha, otras columnas y rompimiento de árboles. Es de noche. Luz de luna, clarísima.

MUSICA

(Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco sale PIPON de la casita y, después de mirar en todas direcciones, hace mutis por la segunda izquierda. En seguida sale por la segunda derecha KETTY, la cual se dirige hacia la casa. Cuando va a llamar mira hacia la primera derecha y, asaltada por una idea repentina, se dirige hacia la segunda derecha y se oculta tras las columnas. A poco sale EDMUNDO, seguido de los SEIS MONTEROS.)

EDMUNDO.—(A los monteros, señalando hacia la ventana de la casita.)

Esta es la ventana
donde mi aldeana
espera a su trovador.
Loca de ilusiones

va a escuchar los sonos
del dulce canto de amor.

MONTEROS. Empezad...
EDMUNDO. Escuchad...

(Se dirige hacia la ventana y canta ante ella.)

Por mi mal una tarde ábrileña
te vi en la ventana,
y mis ojos buscaron los tuyos,
luz de la mañana.
Por mi mal me quedé enamorado
al ver sus destellos,
y no hay ya para mí en este mundo
más luz que la de ellos.

Trovador, trovador,
no alimente tu pecho ese amor.
Moriré, moriré,
que este amor es mi norte y mi fe.

(A una señal de Edmundo vanse los Monteros.
En seguida sale MARTA de su casa.)

EDMUNDO. Ven, que amor eterno
te vengo a ofrecer.
MARTA. ¡Sí nunca será!...
EDMUNDO. Mi tierno cariño
dichosa te hará.

(Recordando el motivo de Marta en el núm. 1.)

Dueño mío,

mi albedrío,
por ti muero de ansiedad,
oye a quien loco suspira
por tu beldad...

¡Ah!...

¡No es mentira, no es mentira!...
¡Que es verdad!...

(Quedan abrazados. Cesa unos instantes la orquesta, mientras suenan lentas las campanadas de un reloj lejano.)

EDMUNDO.—(Para sí.)

¡Ya llegó el momento!...
¡Poco hay que esperar!...
¡Todos mis afanes
se realizarán!...

(Conduce a Marta hacia la primera izquierda y la hace sentar sobre unas piedras. El se sienta a sus pies y, cogiéndola una mano, canta en voz muy queda.)

EDMUNDO. Es la noche callada
la protectora de los amantes...
Yo estoy junto a mi amada,
¡felices horas, dulces instantes!...
Gocemos, Marta mía,
de los encantos de un amor puro...
¡Noche de poesía,
salen los gnomos a tu conjuro!
Cantan los ruiseñores
entre el misterio de la enramada,
mece el aire las flores,
danzan los gnomos, cantan las hadas.
¡Noche de poesía,
como esta noche no vi ninguna!...
¡Prenda del alma mía,
brilla más clara la hermosa luna!

¡Hora de encantos llena,
misterio dulce y embriagador!...
En la noche serena
todo en la tierra canta al amor.

(Va desvaneciéndose la melodiosa música, hasta que cesa por completo. Edmundo besa en la frente a Marta.)

HABLADO SOBRE LA MUSICA

EDMUNDO.—Marta mía, Marta mía...

MARTA.—¡Edmundo!...

PIPON.—(Dentro.) Marta, Marta...

MARTA.—(Levantándose apresuradamente, como Edmundo.) ¡Mi hermano viene!... ¡Que no te vea!... ¡Vete!...

EDMUNDO.—(Muy contrariado.) ¡Ira de Dios!...

MARTA.—Pronto, pronto...

EDMUNDO.—¡No olvides que te aguardo!... (Vase por la primera derecha.)

(Por la segunda izquierda sale PIPON.)

PIPON.—(Corriendo hacia Marta, muy contento.) ¡Albricias, Marta, albricias!...

MARTA.—¿Qué ocurre, hermano?...

PIPON.—¡Vengo loco de contento!... Conseguí lo que me proponía. Sir Edmundo no volverá a importunarte más con sus galanteos...

MARTA.—(Sin comprenderle.) ¿Qué dices?...

PIPON.—¡Se lo he contado todo al señor Duque!...

MARTA.—¿Eh?...

PIPON.—Sí; y lleno de indignación, ha dispuesto que esta misma noche regrese su hijo a Londres.

MARTA.—Pero...

PIPON.—Dice que le obligará a que te olvide, que nun-

ca más volverá sir Edmundo a verte... ¡Ya ves tú lo que he logrado!...

MARTA.—(Sollozando.) ¡Y eres tú quien lo ha logrado! ¡Tú! ¡Que me olvide!... ¡Que no vuelva nunca!... (Rompe a llorar.)

PIPON.—(Asombrado.) ¡Marta!... ¡Hermana!...

MARTA.—(Con desconsuelo.) ¡No volverá más!...

(En este momento sale KETTY por la segunda derecha y se acerca a Marta.)

KETTY.—Sí, ¡volverá!...

MARTA.—¡Señora!...

KETTY.—(Tratando de dominar en vano su emoción.) Sí, yo te juro que volverá... ¡Porque debe volver!... Porque es a ti a quien quiere!... (Rompe a llorar. Marta cae a sus pies, besándole las manos. Fuerte en la orquesta y telón.)

CUADRO CUARTO

Alrededores de la aldea, donde se celebra la fiesta de la Justicia. Explanada próxima al castillo del Duque. Al foro, un trono cubierto de flores. A derecha y a izquierda, rompimientos de árboles. Es de día.

(Al levantarse el telón aparecerá en escena ANA, en el trono, y a su lado, el DUQUE; a la izquierda, KETTY, la CONDESA, la MARQUESA, la BARONESA, la VIZCONDESA, HUGO ENRIQUE y EDUARDO. Tras ellos, el CORO GENERAL, así como también a la derecha. Dan guardia de honor al trono los SEIS MONTEROS.)

HABLADO

ALDEANO 1.º.—¡Hurra por nuestra reina!...
TODOS.—¡Hurra, hurra!...

ANA.—(Levantándose de su asiento.)

Compañeros míos,
compañeras mías,
que vuestras querellas ponéis en mis manos;
los ciegos desvíos,
las locas falsías
he de castigarlas, nobles aldeanos.
Vengan los lamentos
de los afligidos,

las quejas de amores murmuren los labios,
y los juramentos
los veréis cumplidos,
que del amor quiero vengar los agravios.
Obtendréis consuelos
para vuestras penas
hoy el ocultarlas sería demencia;
quiero de los celos
romper las cadenas,
quiero hacer justicia con firme sentencia.

DUQUE.—(Levantándose también.)

Quien de su amor pretenda
vengar algún agravio,
los amantes que lloren
por juramentos falsos
y teman que sus sueños
no han de ver realizados,
que ante su reina acudan,
que ya impaciente aguardo
refrendar sus sentencias
en asunto tan arduo.
Comiencen, pues, las quejas,
que ya las escuchamos...
¿Quién va a ser el primero?...

(En este momento sale PIPON por la primera izquierda, llevando de la mano a MARTA, y juntos los dos se colocan ante el trono. Ketty se pone también a su lado, no bien comienza a hablar Pipon.)

PIPON. Yo, señor... ¡Y a mi lado vienen las pobres víctimas del más infame engaño!

DUQUE.—(Asombrado al ver avanzar a Ketty.)

¿Cómo es eso, sobrina?...

HUGO.
ENRIQUE.
PIPON.

¡Es Miss Ketty!...

¡Ella!...

¿Habla?...

(El Duque asiente.)

Para una infame pasión traidora,
para un infame mentido amor,
pido justicia, bella pastora,
pido justicia, noble señor.
A una zagala de nuestra aldea,
un noble prócer quiere burlar;
que sus deseos fallidos vea
sólo vosotros podéis lograr.
Con dulces frases el caballero
su pasión hubo de conseguir,
y la aldeana creyó sincero
lo que el infame supo mentir.
Hoy la aldeana suspira y llora
porque aquel hombre robó su honor...
¡Justicia pido, bella pastora!...
¡Pido justicia, noble señor!...
Vengar la afrenta que nos han hecho,
sólo vosotros podéis lograr,
que la alegría vuelva a su pecho,
que deje triste de suspirar.
Sé, señor Duque, que vos de fijo
habéis su pena de comprender,
y que al instante a vuestro hijo
haréis que cumpla con su deber.
De la justicia llegó la hora;
pido venganza para mi honor.
Justicia, exijo, bella pastora;
justicia exijo, noble señor.

KETTY.—(Al Duque.)

Justicia, señor, justicia...

Ve que te la pido yo...

DUQUE.—(Avanzando hacia ella, conmovido.)

Sobrina...

KETTY.

Nunca me quiso;
me fingió un sincero amor.
Si también supo fingirlo
con esta infeliz, hoy yo,
viéndola más desgraciada,
con la pena de su amor,
justo es que pida para ella
la justa reparación...

DUQUE.

Pero piensa... Una aldeana...
Otro medio habrá...

KETTY.

Señor,
sólo pido lo que es suyo...
Concedédselo...

DUQUE.

No, no...
El es noble, y sus honores...
No hay duda que muchos son.
Y hoy tiene uno más...

KETTY.

PIPON.

DUQUE.

PIPON.

¿Qué dices?...
¡El que a mi hermana robó!

DUQUE.—(Volviéndose hacia Ana.)

¿Qué sentencia dais?... Decidla.

ANA.

DUQUE.

La que es justa, gran señor.
Tienes razón. Yo la firmo.

(Movimiento de satisfacción en todos los personajes.)

Tu esposo será. (A Marta.)
Mas no
vendrás nunca con nosotros.

KETTY.—(Con dulzura.)

Ella sí, vendrá, señor.
El irá a lejanas tierras,

y entre tanto, seré yo
quien transformé a esta aldeana
en hija digna de vos
Yo enseñaré a ser señora
a quien villana nació.

MARTA.—(Besando con gratitud la mano a Ketty.)

Gracias, gracias...

KETTY.

La nobleza

sólo está en el corazón.

PIPON.

¡Hurra, hurra por el Duque!...

TODOS.

¡Hurra!...

MARTA.—(Arrodillándose ante el Duque, quien la obliga a levantarse.)

Perdonad, señor...

PIPON.—(Con alborozo, a Ana.)

Duquesa... ¿Quién lo pensara? ...

Duquesa, ¿quién lo dijera?...

Nunca, nunca me creyera

que tal cosa consiguiera
aunque yo lo ambicionara.

Cosa rara

es, en verdad, el destino.

Nadie puede adivinar

lo que al final del camino

de su vida, ha de encontrar;

que aunque el final del sendero

es el mismo para todos,

después de pensarlo infiero

que de muy distintos modos

por la senda más hermosa

se camina,

y unos se llevan la rosa (Por Marta.)

y otros se clavan la espina. (Mirando a
Ketty)

MUSICA

TODOS.

¡Hurra por nuestra reina,
reina de un día,
la que en nuestros amores
hizo justicia!

(Animación extraordinaria. Víttores y aclamaciones al Duque, a Pipon y a Marta. Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

C A R T A S

SON

C A R T A S

DIALOGO EN PROSA, ORIGINAL DE
JOSE RAMOS MARTIN



Estrenado en el Teatro Iris, de Méjico; la noche del 24
de noviembre de 1921

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

MARIA	<i>Consuelo Mayendía.</i>
LUCIO	<i>Cristóbal Sánchez del Pino.</i>

La acción en un pueblo de la provincia de Avila. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO UNICO

Alrededores de un pueblo. A la derecha, casa de un solo piso, con puerta practicable. Sobre ella las verdes hojas de una parra forman un alegre entoldado. Es de día

(Al levantarse el telón, MARIA, linda lugareña, que ha visto ya las flores dieciocho mayos, lava ropa en un barreño pequeño. A poco, sale por la primera izquierda LUCIO, un mocetón fuerte como un roble y bruto como un alcornoque, y se acerca a ella.)

MARIA.—(Canturreando.)

Si mi suegro y el tuyo
van a Encinares
y compran cuatro bueyes,
vuelven tres pares.

LUCIO.—(Acercándose a ella.) Buenas tardes, Marujilla...

MARIA.—Buenas tardes nos las dé Dios, Lucio.

LUCIO.—¿Se lava, eh, se lava?...

MARIA.—Ya ves...

LUCIO.—(Sonriendo maliciosamente.) Esto me recuer-

da una copla muy graciosa que oí el otro día y que dice...

MARIA.—¿Qué dice?...

LUCIO.—Pues dice:

Tu camisón y tu enagua
te vi lavar ayer tarde,
miá por donde me enterao
de tus interioridades...

MARIA.—Sí que tié gracia.

LUCIO.—O sea que ahora puedo yo repetir lo del cantar... (Con intención.) Miá tú por donde voy a enterarme de tus interioridades...

MARIA.—No. (Saca del barreño lo que está lavando, que son unos calzoncillos de bayeta amarilla, y se los muestra a Lucio para que los admire a su gusto.) De las de mi padre, si te es lo mismo.

LUCIO.—(Apartando los ojos de la antirreumática prenda.) ¡Rediez, guarda eso, que da el resol en lo amarillo y se me va la vista!...

MARIA.—(Continúa lavando.) ¿Y de dónde vienes a estas horas?...

LUCIO.—He salido al encuentro del peatón a ver si me traía carta de mi padre. Ya sabes que desde hace un mes está en Zaragoza con mi hermana Rosa.

MARIA.—Sí, ya lo sé.

LUCIO.—Piensa pasarse allí todo el invierno...

MARIA.—Y qué, ¿te ha escrito?...

LUCIO.—Sí, mira la carta. (La muestra un sobre cerrado.)

MARIA.—Pero, hombre, ¿y todavía no la has abierto?...

LUCIO.—¿Y qué adelantaba con abrirla?... Como no entiendo de letras, no sacaba ná en limpio, como no fuera marearme mirando los gurrapatos...

MARIA.—(Con mansa indignación.) ¡No entiendes de letras! ¿Y no te da vergüenza el decirlo?...

LUCIO.—Hombre, vergüenza, vergüenza... ¡Lo que se dice vergüenza!... ¿Qué culpa tengo yo de no saber leer?...

MARIA.—¿No has de tenerla?... Si cuando eras chico, en vez de irte a robar fruta por los cercaos y andar haciendo trastadas, hubieras ido a la escuela, otra cosa sería.

LUCIO.—Yo algunas letras sí las sé. La o, ¿no es la rosquilla?...

MARIA.—Sí.

LUCIO.—¿Y la i, no es la del punto encima?...

MARIA.—Sí. ¿Y la y griega?...

LUCIO.—(Rascándose la cabeza.) ¡Rediez!... ¡No preguntas tú ná!.. ¡La griega ná menos!... Gracias que sepa la española... Quitando las dos que he dicho, toas me parecen iguales. ¡Palos pa arriba, palos pá abajo, iguales!... Ah, lo que sí diferencio muy bien son las mayúsculas de las minúsculas...

MARIA.—¿Y por qué las distingues?...

LUCIO.—Por el tamaño. Cuando las veo muy grandes muy grandes, mayúsculas tién que ser...

MARIA.—¡Calla, calla, que me indigna el oírte!... (Mientras habla, al accionar, pega con todas sus fuerzas con el jabón sobre la prenda que está lavando.) ¡Hay que ver, señor, hay que ver! Un mocetón como un castillo, que ignora lo que saben los chicos de la escuela...

LUCIO.—(Con calma y contemplando sonriente a María.) Vamos, que ya me pué agradecer tu madre que haiga venido yo hoy por aquí.

MARIA.—¿Por qué?...

LUCIO.—(Imitando la manera que tiene de lavar María cuando está indignada.) ¡Porque bien lavá va a quedar esa ropa!..

MARIA.—¿Sí, eh?... Bueno, pues vete ya y déjame tranquila.

LUCIO.—¿Que me marche?... ¡Si precisamente he venido a pedirte un favor!... Que me leas la cartita. ¿No quieres?...

MARIA.—(Deja de lavar, se seca las manos y se acerca a Lucio.) ¡Jesús! ¡Trae acá, trae acá, que tengo mucho que hacer!...

LUCIO.—Toma. (Le da la carta.)

MARIA.—(Rompe el sobre y se dispone a leer.) Vamos a ver...

LUCIO.—(Recoge del suelo el sobre que acaba de tirar María y se lo entrega.) No. Lee primero el sobre.

MARIA.—¡Ah! ¿El sobre también?...

LUCIO.—Pues claro.

MARIA.—(Lee el sobre.) Provincia de Avila. Señor don Lucio González García. Ferrocarril de Villa del Prado. Por Almorox. Por Valdetejares. Por Escarabajosa. Camino Alto del Sotillo. Jaravillas.

LUCIO.—¿No dice más?...

MARIA.—Nada más, hijo. Esto se llama sacarle el jugo a los veinticinco céntimos que cuesta el sello.

LUCIO.—A ver la carta.

MARIA.—(Comienza su lectura.) Zaragoza, treinta de agosto. Querido higo...

LUCIO.—Hijo será...

MARIA.—No, señor, aquí pone higo. ¡Parece mentira que llevando dos meses en Zaragoza no se haya aprendido la jota!

LUCIO.—Güeno, pues pasa por alto el higo y continúa.

MARIA.—(Lee.) Me alegraré que al recibo de ésta te encuentres con la más completa salud que yo para mí deseo; la mía, buena, gracias a Dios. (Deja de leer.) ¡Vaya una ortografía!...

LUCIO.—¿Cómo?...

MARIA.—Ni una «b» siquiera. Todo lo pone con «v».

LUCIO.—Pa economizar tinta. Como tié confianza conmigo...

MARIA.—(Lee.) «Higo»...

LUCIO.—¿«Higo» otra vez?...

MARIA.—¡Otra vez!...

LUCIO.—(Un poco amoscado.) ¡Rediez, ya me voy yo cansando de tanto «higo»!...

MARIA.—(Lee.) Higo, recibí la «tulla»... (Alto.) ¡Con elle!

LUCIO.—¿Con qué la recibió?...

MARIA.—(Leyendo.) ...y por ella veo que no te ocurre ninguna novedad nueva, de lo que me alegro. «Higo», de lo que me dices de que estás enamorado... (Alto.) Hombre, ¿con que esas tenemos?...

LUCIO.—(Muy interesado.) Sigue, sigue... No te pares ahora.

MARIA.—(Leyendo.) ...y me pides mi consejo pa dársele a la chica y hablar en seguida con sus padres y casarte pa la primavera que tié que venir, te diré...

LUCIO.—(Con ansiedad.) ¿Qué me dice?...

MARIA.—(Lee.) ...te diré que por mi parte no tengo que poner ningún reparo...

LUCIO.—(Suspirando satisfecho.) ¡Ay, qué peso se me ha quitao de encima!...

MARIA.—(Tratando de conocer detalles.) Pero...

LUCIO.—(Suplicante.) Acaba, que luego hablaremos.

MARIA.—(Lee.) «A mí la muchacha me gusta...»

LUCIO.—¡Pa chasco que no le gustara! ¡Si no tié más remedio que gustarle a to el que la mire!

MARIA.—«Y aunque tié sus defectos...»

LUCIO.—Denguno.

MARIA.—«Es de lo mejorcito del pueblo.»

LUCIO.—Ya lo creo; de lo mejor.

MARIA.—«Y en último caso, cuando estéis casao, lo melindres que tiene se los quitas tú con un par de guantazos, y tan felices...» (Alto.) ¡Qué barbaridad!...

LUCIO.—(Con admiración.) ¡Qué listo es mi padre!... Pa to encuentra remedio.

MARIA.—(Irónica.) Sí, muy listo.

LUCIO.—¡Como que ha salido a sus hijos...

MARIA.—(Lee.) «Conque, ánimo, habla a la chica, y cuando te dirijas a sus padres, diles, desde luego, que yo soy gustoso en esa boda y que, aunque no soy rico, te ayudaré en lo que pueda. Para que no os falte qué comer, aunque vengan años malos, te daré el prao de los olivos, que, como sabes, siempre tié yerba fresca. Con esto tendréis asegurado el pienso de las caballerías. Además, el huerto de la carretera, la viña que linda con la del tío Topo y una yunta. Espero que en cuanto recibas esta carta te declararás a la muchacha. Escíbeme en seguida con lo que haiga. Y si acaso vieras que a sus padres se les hacía poco lo que te doy, pués añadir la era del Chonillo, otra yunta y un burro. Tu padre, que lo es, Ambrosio...»

LUCIO.—¿No trae más?

MARIA.—La rúbrica.

LUCIO.—Trae acá. (Coge la carta y, entusiasmadísimo, la besa repetidas veces.) Bendita sea esta carta, y benditos sean estos gurrapatos...

MARIA.—Y benditos sean estos borrones.

LUCIO.—¡Ay, Marujilla! ¡Tú no sabes lo feliz que me hace este pliego de papel!...

MARIA.—Pero dime, dime, que yo me entere. ¿Puede saberse quién es esa moza que te ha vuelto loco?...

LUCIO.—La más bonita del pueblo...

MARIA.—Muchas gracias.

LUCIO.—No hay de qué darlas. ¡Qué ojos los suyos!... ¡Qué boca!... ¡Qué cuerpo!... ¡Qué mujer!...

MARIA.—(Un poco molesta por el entusiasmo de Lucio.) La más bonita del pueblo, ya lo has dicho.

LUCIO.—Del pueblo y sus alrededores... ¿No caes en quién pueda ser?...

MARIA.—(Con sequedad.) No, hijo; ni me importa.

LUCIO.—(Cortado.) ¿Ah, no te importa?...

MARIA.—¿Nada?...

LUCIO.—¿Na?

MARIA.—Na. Conque, por mí, no te detengas; corre a buscar a esa preciosidad y dile cuanto tengas que decirle... y cástate con ella... y que seas muy feliz...

LUCIO.—(Acercándose a ella.) ¿Te has disgustao conmigo?...

MARIA.—¿Yo?... ¿Qué tontería!... ¿Por qué?...

LUCIO.—(Con sincera emoción.) Yo no quiero que tú te incomodes... (Al ver que ella finge no atenderle y empieza a tender algunas prendas.) ¿Me oyes? No quiero. Si te he ofendido en algo, perdóname.

MARIA.—(Deseando cortar la conversación.) Anda, anda, y déjame en paz...

LUCIO.—¿Pero qué te he hecho yo para que de repente te haigas puesto así? Vamos, no seas tontusa...

MARIA.—Corre, hombre; corre a declararle tu cariño a la mujer más bonita del mundo.

LUCIO.—¿Declararme?... Aquí entra lo más difícil de todo. (Rascándose la cabeza.) Me parece que no voy a atreverme..., porque me da miedo que en un momento un «no» suyo eche por tierra todos mis sueños... Tú no sabes lo que yo la quiero... Pa mí no hay otra moza igual... De noche no hago más que pensar en ella, y de día sueño con ella...

MARIA.—Será al revés...

LUCIO.—No, señora, porque como no puedo dormir por las noches, tengo que dormir por el día...

MARIA.—¡Ah!... Pues, anda, no seas cobarde y decí-
dete...

LUCIO.—Sí, tiés razón; voy a decidirme... (Pausa, Con-
templando en silencio a Maruja. Va a hablarla pero no se
atreve, y tras de intentarlo varias veces, se acerca a ella
y casi en su oído, con emoción, dice.) Marujilla...

MARIA.—(Con malos modos.) ¿Qué, hombre, qué?

LUCIO.—(Resuelto ya a desistir de su propósito.) No,
que no me atrevo. Voy a hacer lo que tenía pensao... y
eso será lo mejor... Decírselo por escrito... (Saca un plie-
guecillo de papel y un sombrero y se los alarga a María.)
Anda, ¿quién hacerme el favor de escribirme una carta
de declaración?...

MARIA.—Eso sí que no...

LUCIO.—¿Por qué?...

MARIA.—Pa buen papelito he quedao, según tú...

LUCIO.—(Suplicante.) Anda, mujer...

MARIA.—He dicho que no...

LUCIO.—Paece mentira. Sabes que va en ello mi feli-
cidad y...

MARIA.—Pues no paece sino que en todo el pueblo no
sabe escribir nadie más que yo. Mira, el señor cura tie-
ne muy buena letra.

LUCIO.—¡En seguida le dicto yo al cura una carta de
declaración!...

MARIA.—Pues al médico.

LUCIO.—Ese no sabe escribir más que recetas.

MARIA.—O al boticario, al maestro... o a quien te dé
la gana...

LUCIO.—Se reirían de mí. Vamos, sé amable, mujer.

MARIA.—No, no...

LUCIO.—Tú, que siempre has sido tan buena pa mí,
¿vas a dejar de serlo ahora?... Hazlo siquiera por el re-
cuerdo de lo bien que nos hemos llevao tú y yo desde
pequeñitos. ¿No te acuerdas? ¿Quién era el que te de-

fendía cuando algún chico te hacía rabiarse?... Yo... Estos puños han sabido sacudir de firme a todo el que se metía con Marujita... (Pausa.) Mira qué bonito es el papel. (Se lo muestra.) ¡Y qué bien pintao el corazón echando llamas!... ¿Verdad que está muy propio?

MARIA.—(Burlona.) ¡Está palpitando!...

LUCIO.—¿Qué, quiés, por fin, escribirme la carta?

MARIA.—Jesús, qué posma... Trae acá. Pero me la vas a dictar en cinco minutos.

LUCIO.—En menos tiempo. (Le da el papel.) Toma.

MARIA.—Voy por el tintero y pluma. (Entra en su casa y sale a poco con ellos y los coloca sobre el taburete, después de quitar el barreño, que estaba sobre él. Se sienta en el banco de piedra y se dispone a escribir.)

LUCIO.—¡Qué buena eres!...

MARIA.—Ya puedes empezar.

LUCIO.—Pon primero la fecha.

MARIA.—Ya está. (Después de escribir.) ¿Y ahora?

LUCIO.—Ahora... (Después de una pequeña pausa.) ¡Ahora no se me ocurre ná!

MARIA.—Entonces lo dejaremos pa mañana.

LUCIO.—No, no... Pon ahí... Muy señorita mía...

MARIA.—(Escribe). Mía.

LUCIO.—Me alegraré de que al recibo de ésta te encuentres con la más completa salud que yo...

MARIA.—Hombre, eso no se pone en una carta de declaración.

LUCIO.—¿Hay que ir derecho al asunto?

MARIA.—Claro.

LUCIO.—Pues pon, estoy enamorado de tí, lo mismo que un burro.

MARIA.—¡Eso es una barbaridad!...

LUCIO.—Será una barbaridad; pero estoy enamorado como un burro.

MARIA.—Hay que decir cosas bonitas.

LUCIO.—Eso del burro no es bonito, ¿verdad?...

MARIA.—Claro que no. Verás. (Escribe.) «Estoy enamorado de tí, como no lo estuve nunca de ninguna moza...»

LUCIO.—Es lo mismo que yo he dicho, sino que puesto de otra manera...

MARIA.—(Escribiendo.) Tú para mí lo eres todo, el aire que respiro, la luz que veo...»

LUCIO.—¡Y el pan que como!

MARIA.—(Mientras escribe.) «Por no atreverme a decírtelo cara a cara, te lo escribo. Mi mayor gusto sería estar mirándote siempre sintiendo en mi cara el calor de tu aliento...»

LUCIO.—(Entusiasmadísimo.) ¡Pero qué bien me está saliendo!

MARIA.—(Sin dejar de escribir.) «Cuando estoy frente a tí, sin yo notar lo casi, me voy acercando como si quisiera comerte con los ojos...»

LUCIO.—(Poco a poco, sin dejar de mirar a María, se va acercando a ella.) Es verdad...

MARIA.—(Apartándose suavemente.) No te echas tan encima... (Escribiendo.) «Contestáme por Dios si aceptas mi cariño. Un sí de tus labios puede hacer feliz a éste, que te adora...»

LUCIO.—(Dictando.) Y lo es.

MARIA.—(Escribiendo.) «Lucio.» (Deja de escribir.) Ya está.

LUCIO.—Déjame que eche la rúbrica, que eso sí sé hacerlo. (Coge la pluma y rúbrica.)

MARIA.—(Indignada.) Que has echao un borrón, hombre.

LUCIO.—No importa. Creerá que es un adorno de la rúbrica.

MARIA.—Bueno, y ahora ¿qué?...

LUCIO.—Mujer, ahora el sobre.

MARIA.—¿También eso? (Impaciente ya.) Venga.

LUCIO.—Toma. (Se lo da.) ¿Tienes mucha prisa?

MARIA.—Mucha, porque está al caer mi novio...

LUCIO.—(Con asombro.) ¿Tu novio?

MARIA.—Sí, señor; mi novio...

LUCIO.—¿Pero tienes...?

MARIA.—(Sin dejarle acabar.) Tengo.

LUCIO.—(Sin querer dar crédito a sus palabras.) Vamos, que no... que tú me engañas.

MARIA.—Anda, qué tonto, ¿por qué había de engañarte...?

LUCIO.—Pero si...

MARIA.—Desde hace tres días estoy en relaciones con el hijo del Pañero.

LUCIO.—¿Con Ambrosio?

MARIA.—Sí, hombre, sí; con Ambrosio Meléndez... Que es el mozo más guapo de todo el pueblo... (Imitando el entusiasmo anterior de Lucio.) ¡Tiene unos ojos!... ¡Y un bigote!...

LUCIO.—(Desconsolado.) ¿Y os queréis mucho?

MARIA.—Muchísimo.

LUCIO.—¿Y os casaréis?

MARIA.—Pa la primavera que tiene que venir...

LUCIO.—(Con tristeza.) Está bien...

MARIA.—Conque díctame el sobre, que ya no tardará en llegar mi Ambrosio...

LUCIO.—(Con rabia mal disimulada.) Tu Ambrosio, tu Ambrosio...

MARIA.—(Disponiéndose a escribir.) Anda, acaba ya.

LUCIO.—Güeno, ¿qué vamos a hacerle?... To se reduce a esperar...

MARIA.—¿A esperar qué?...

LUCIO.—Pon ahí: señorita doña María Fernández.

MARIA.—(Con asombro y alegría.) ¿Eh?...

LUCIO.—(Sin inmutarse.) Viuda de Meléndez.

MARIA.—(Sin saber qué decirle.) ¡Lucio!

LUCIO.—¡Ahora guárdate la cartita y no la leas hasta que se haya muerto Ambrosio!...

MARIA.—Pero, Lucio...

LUCIO.—Ya que él ha tenido la suerte de adelantarse.

MARIA.—¿Quieres callarte?.. Ni a mí Ambrosio me ha gustado nunca... ni yo a él... **(Rectificando con coquetería.)** Digo, yo a él no sé.

LUCIO.—**(Radiante de gozo.)** ¿De veras? ¡Qué alegría!... Entonces no pongas lo de viuda de Meléndez y lee la carta... **(Acercándose a María y casi en su oído.)** Y contesta...

MARIA.—**(Pensativa.)** ¡Válgame Dios, las cosas que me he dicho a mí misma!...

LUCIO.—Lee, lee...

MARIA.—¿Y para qué voy a leer lo que me he escrito yo?

LUCIO.—Eso no, te lo he inspirao yo; yo he sido tu musa, yo te he soplao... **(La sopla efectivamente.)**

MARIA.—Basta. ¿Dices que me quieres?...

LUCIO.—**(Rápidamente.)** Como no he querido nunca a ninguna moza. Tú pa mí lo eres to: el aire que respiro... Y por no atreverme a decírtelo te lo escribo.

MARIA.—Basta, he dicho. A mí no ties que volverme a hablar una palabra de cariño hasta que no sepas escribir mi nombre.

LUCIO.—**(Aterrado.)** Pero, Maruja, por Dios; eso es condenarme a no decirte en mi vida que te quiero.

MARIA.—Pues no me vuelvo atrás, Lucio. Cuando seas capaz de escribir en un papel MARIA con letras así de gordas, pásate por aquí y hablaremos.

LUCIO.—¿María?

MARIA.—María.

LUCIO.—¿Cuántas letras tiene?

MARIA.—Cinco.

LUCIO.—¿Y tien que ser cinco cabales?

MARIA.—Cabales.

LUCIO.—¿Ni una menos?

MARIA.—Ni una.

LUCIO.—Y oye, ¿es alguna la de la rosquilla?

MARIA.—No.

LUCIO.—Vamos, mujer, ¿a ti que más te da?... ¡Que sea una la rosquilla, y eso menos tengo que aprender?

MARIA.—Hemos terminado. Si te conviene así lo tomas, y si no, lo dejas... A mí no ha de faltarme quien me diga palabritas dulces.

LUCIO.—(Con resolución.) ¡Basta!... ¡Hasta luego!... (Se dispone a marcharse.)

MARIA.—¿Dónde vas?

LUCIO.—A la escuela, y de allí no salgo hasta que sepa escribir tu nombre de quince maneras distintas. ¡Con rosquillas y sin rosquillas... ¡Adiós!

MARIA.—Anda con Dios.

LUCIO.—Y lo que es, yo te aseguro que si nos casamos y tenemos críos, en mantillas los llevo a la escuela pa que no les pase lo que a su padre. (Se va.)

MARIA.—(Le mira marchar, después murmura, radiante y con júbilo.) ¡Me quiere, me quiere! (Y contemplado la carta exclama.)

Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de los hombres...

¡Ay, aunque no pegue bien la copla, no
todas deben de ser falsas!

TELON

FIN DEL DIALOGO

Se ha puesto a la venta en todos los kioscos y librerías, la segunda edición de la novela policíaca de gran emoción debida a la pluma del gran escritor ALFREDO MISSO, titulada:

EL OJO FULGURANTE

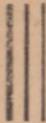
primera de la Colección "PI" que la
E d i t o r i a l S A S O

pone a la venta al precio de 10 pesetas ejemplar.

Próximamente se publicará el segundo número de la Colección "PI", que lleva por título:

LA NOVIA DESCUARTIZADA

N O D E J E D E A D Q U I R I R L A S



ESTA A LA VENTA EN
LIBRERIAS Y QUIOSCOS

MADRE PAZ



POEMA DRAMATICO
ORIGINAL DE

JOAQUIN DICENTA



EL MAYOR EXITO TEA-
TRAL DE LOS ULTIMOS
TIEMPOS

15 PESETAS EJEMPLAR

Editorial SASO

JOSE ANTONIO, II - 2.º

M A D R I D



LOS 3 REX

2.^a troupe de payasos
musicales, del Circo
Americano



El TRIO REX, además de payasos ex-
traordinarios, poseen el arte musical
más depurado.

BIBLIOTECA TEATRAL

8. *La infeliz vampiresa*, de Adolfo Torrado.—9. *Genre de bulla*, de José Tellaache.—10: *Amuleto*, de Antonio Paso (hijo) y Emilio Sáez.—11. *El señorito Pepe*, de Luis de Vargas.—12. *Gloria Linares*, de Antonio Casas Bricio.—13. *Los ladrones somos gente honrada*, de Enrique Jardiel Poncela.—14. *¡Y vas que ardes!...*, de Francisco Ramos de Castro y Manuel López Marín.—15. *En poder de Barba Azul*, de Luisa María Linares y «Daniel España».—16. *El último pecado*, de Pedro Muñoz Seca.—17. *Madrinita buena*, de R. Pérez y Pérez.—18. *Un marido de ida y vuelta*, de Enrique Jardiel Poncela.—19. *María Antonieta*, de Luis F. Ardavin y J. Luis Mañes.—20. *La oca*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.—21. *Don Bartolo*, de Pedro Pérez Fernández y Antonio Quintero.—22. *El gran tacaño*, de Antonio Paso y Joaquín Abati.—23. *¡El sezo débil, La real gana y En capilla*, de Antonio Ramos Martín.—24. *Los marqueses de Matute*, de Luis F. de Sevilla y Anselmo C. Carreño.—25. *Soltero y solo en la vida*, de Antonio Paso y R. González del Toro.—26. *¡Que le ahorquen a usted!*, de Antonio Paso (hijo), Emilio Sáez y Enrique Paso.—27. *El robo de «La Jarosa»*, de Pedro Muñoz Seca.—28. *El timbre que no suena*, de Rafael López de Haro.—29. *La dama duende*, de Pedro Calderón de la Barca.—30. *Tú gitana y yo gitana*, de Antonio Casas Bricio.—31. *Es peligroso asomarse al exterior*, de Enrique Jardiel Poncela.—32. *...Y creó las madres*, por Antonio Casas Bricio.—33. *Madre (el drama padre)*, de Enrique Jardiel Poncela.—34. *Los cuatro robinsones*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.—35. *Dios te ampare, Los galgos, La afición y El mejor de los mundos*, de Antonio Ramos Martín.—36. *Los novios de mis hijas*, de Leandro Navarro.—37. *El contrabando, Coba fina, La casa de los crímenes*, de Pedro Muñoz Seca.—38. *La sobrina del cura, Los milagros del jornal*, de Carlos Arniches.—39. *Como tú me querías*, de Leandro Navarro.—40. *El verdugo de Sevilla*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.—41. *El primer rorro y La casa de los milagros*, de Enrique Paradas y Joaquín Jiménez, y *Presentimiento*, de Joaquín F. Roa.—42. *¡Consuélate, Laureano!*, de José de Lucio.—43. *La educación de los padres*, de José Fernández del Villar.—44. *Blanca por fuera, rosa por dentro*, de Enrique Jardiel Poncela.—45. *El conflicto de Mercedes*, de Pedro Muñoz Seca.—46. *Mi señor es un señor*, de Luis Fernández de Sevilla.—47. *¡La condesa está triste!...*, de Carlos Arniches.—48. *El ardíd*, de Pedro Muñoz Seca.—49. *Don Verdades*, de Carlos Arniches.—50. *¡Mujercita mía!*, de A. Paso, A. López Monis y José Pérez López.—51. *La fiera dormida*, de Carlos Arniches.—52. *Pastor y Borrego*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.—53. *Ya conoces a Paquita*, de Carlos Arniches.—54. *Ha entrado una mujer*, de Enrique Suárez de Deza.—55. *La señorita Polilla*, de «Daniel España».—56. *Los que quedamos*, de Giovanni Cenozato.—57. *La casa de Quirós*, de Carlos Arniches.—58. *Para ti es el mundo*, de Carlos Arniches.—59. *¡Qué hacemos con los viejos?*, de José de Lucio.—60. *La Prudencia*, de José Fernández del Villar.—61. *Las cosas de la vida*, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.—62. *No te ofendas, Beatriz*, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.—63. *Martingalas y Era un romántico*, de Eduardo Marquina y Pedro Muñoz Seca.—64. *Las tres B. B. B.*, de Luis Tejedor y Luis Muñoz Lorente.—65. *La mentira del silencio*, Julia Maurra.—66. *Ambición*, de Enrique Suárez de Deza.—67. *Las siete vidas del gato*, Enrique Jardiel Poncela.—68. *¡Catalina, no me lo-res!*, Enrique Suárez de Deza.—69. *Con los brazos abiertos*, Leandro Navarro.—70. *La plancha de la marquesa, Celos y De rodillas y a tus pies*, de P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.—71. *La chica del gato*, Carlos Arniches.—72. *El puñao de rosas*, Carlos Arniches y Ramón Asensio Mas; *Alma de Dios*, Carlos Arniches y Enrique García Alvarez.—73. *Los chatos*, Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.—75. *La verdad de la mentira*, Pedro Muñoz Seca.—76. *Cuando a Adán le falta Eva*, Miguel de Acosta.—77. *La frescura de la fuente*, de Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca.

